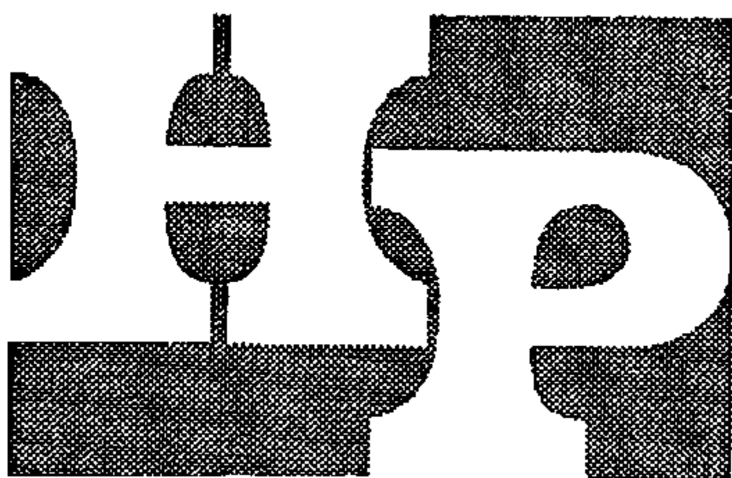



# Keith Luger

# EL PADRE DEL PISTOLERO





# Héroes de la PRADERA



# Keith Luger

## El padre del pistolero

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 106
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

*Déposito Legal B 44388-1971*

*Impreso en España - Printd in Spain*

*1.º edicción: enero, 1972*



Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

# CAPÍTULO PRIMERO

Sandy Flower corrió con todas sus fuerzas hacia la primera esquina del pueblo, y al llegar apoyó las espaldas mientras su respiración agitada producía un ronco jadeo. Las rodillas le temblaban incapaces de sostenerlo en pie y el temblor se transmitía a lo largo de su cuerpo hasta la mandíbula, haciéndole entrechocar los dientes. Un músculo del párpado empezó a vibrarle, y se llevó la mano al ojo sin saber exactamente lo que hacía.

En aquel momento volvió a escuchar el cántico sepulcral de la comitiva que se acercaba por la colina.

Sandy tragó saliva y atisbo por la esquina, con los ojos muy abiertos, cuyo blanco se destacaba de modo acusado en su rostro negro.

La comitiva se componía de unos cincuenta encapuchados. Llevaban vestiduras largas que le llegaban a los tobillos, y se alineaban de cuatro en cuatro.

El encapuchado que iba a la cabeza sostenía una cruz embreada, que ardía con mucha humareda e iluminaba la escena de un modo fantasmal. Todos se movían lentamente, al mismo compás cadencioso del lúgubre himno. Las voces eran extrañamente vibrantes.

Sandy vio que se acercaban hacia el lugar donde estaba él, y quiso correr, pero no tenía ningún control sobre sus piernas que le batían una contra otra.

Sonó un grito chirriante y de pronto se dio cuenta de que era él mismo quien chillaba. Entonces reaccionó y dio un brinco hacia la acera.

Corrió sacando el máximo rendimiento a sus músculos y el golpeteo de sus pies desnudos en las tablas parecía el

tap-tap
acelerado de un animal enloquecido.

De pronto empujó una puerta de la hilera de casas y se desplomó en el interior de una pequeña oficina.

—*¡Sheriff!* —gritó desde el suelo—. ¡Van a matar a todos los negros!

El hombre que estaba al otro lado del escritorio despertó bruscamente y pegó un salto desde el sillón al tiempo que echaba mano al revólver.

—¿Qué demonios…? —Miró con la boca abierta al negro—. ¡Sandy…! ¡Te voy…!

—¡Salga ahora mismo, *sheriff*! —el negro se arrastró un poco por el suelo y apuntó con un dedo hacia la calle—. ¡Ahí vienen!

El *sheriff* rodeó el escritorio iniciando una sarta de maldiciones.

—¿Quién condenación viene? —gritó—. ¿Quién, demonios?

—¡Ellos, *sheriff*! ¡Nos quieren matar! ¡Quieren degollarnos!

El representante de la ley se acercó prestamente a Sandy, pero éste rehuyó el cuerpo en prevención de una coz.

—¡No estoy borracho, *sheriff*! ¡Usted mismo puede verlos!

—¡Maldito tipejo…!

—¡Óigalos!

El *sheriff* se detuvo a medio camino y entreabrió la boca al escuchar con claridad el sonoro murmullo que procedía del principio de la calle.

—¡Infiernos! —masculló, y se pasó una mano por la cara.

Sandy profirió unos sonidos roncos con la garganta al volver a escuchar los mismos compases del espeluznante himno. De pronto chilló como una rata y resbaló hacia un rincón.

—¡Sálveme! ¡Sálveme, *sheriff* Cooper!

El *sheriff* se acercó a la ventana, pero optó finalmente por ir hacia el vano de la puerta, y desde allí observó el fondo de la calle.

—Otra vez esos mamarrachos —barbotó. Ladeó la cabeza hacia el interior del recinto sin dejar de observar a la comitiva que comenzaba a avanzar un poco más aprisa por el centro de la calle —. ¿Qué sabes tú, Sandy?

El furioso castañeteo de los dientes del negro se interrumpió.

—¡Esos fantasmas han adivinado que teníamos una reunión, *sheriff*!

Cooper observó que Sandy le hablaba atrincherado detrás de la vieja estufa de leña.

—Una reunión, ¿eh? —soltó un escupitajo hacia la acera.

—Sí, *sheriff*.

—¿Qué demonios de reunión era?

Sandy entrechocó los dientes y agregó:

—Íbamos a celebrar el cumpleaños de la tía Rose… ¡No los deje acercarse, *sheriff*!

—Cierra el pico, condenado. —Cooper estudió el avance de la comitiva.

Arrugó el rostro.

—Teníais que haberme advertido. ¡No se pueden celebrar reuniones de negros!

—Se… se trata de una reunión alegre, *sheriff*. Tía Rose cumple noventa y ocho años.

—Sin embargo, esos fulanos creen que vais a armar una revolución de negros. ¿Por dónde tiro yo ahora?

Los cánticos arreciaron en la calle.

Cooper no pudo sustraerse a la impresión que le producían aquellos disfraces blancos y notó el principio de un escalofrío justo en el cogote.

El himno de los encapuchados se componía de unos trémolos que subían y bajaban y en determinado momento mantenía una nota sostenida que hacía vibrar el suelo.

En aquel instante alguien correteó por la parte derecha de la acera y de pronto entró el ayudante de Cooper. Se trataba de un sujeto de rostro tosco y aspecto fornido.

—¿Qué hacemos con esa gente, jefe? —preguntó.

Cooper apenas le prestó atención.

—No quiero jaleos, Jerry. De modo que ahora mismo les paramos los pies.

Jerry acusaba la inquietud en su fea cara.

—Yo estaba por ir hacia ellos y poner las cosas en claro. No podemos tolerar esas mascaradas en cuanto cuatro negros se reúnen para comerse un par de conejos. Sin embargo, el alcalde se empeña en darles manga ancha.

—Aguarda, Jerry.

Los dos hombres quedaron en la puerta de la oficina.

Jerry se humedeció los labios.

—¿Sabe, jefe? Me parece imposible que ese canturreo salga de una garganta humana.

—Sin embargo, son tipos de carne y hueso como tú y yo. Ese que va en cabeza me parece que es el camorrista de Nicky.

—Ni usted ni nadie conoce la identidad de esos fulanos, jefe. Hay que reconocerlo hay muchos miembros de los pueblos de alrededor.

Las palabras de Jerry quedaron interrumpidas cuando el *sheriff* Cooper saltó a la calzada y se interpuso en el camino de los encapuchados, abriendo los brazos.

—¡Alto todo el mundo!

El individuo que mantenía la cruz ardiente hizo una señal y todos se detuvieron.

—Usted no puede detener a Los Caballeros de la Gardenia Roja, *sheriff*.

—¡Y un cuerno! —Escupió rabiosamente Cooper.

—Deje el camino libre.

—¡No quiero violencias en Catch City! —vociferó el representante de la ley.

El tipo de la cruz ardiente adelantó unos pasos.

—Usted debe dejar que la justicia sea aplicada. Los Caballeros de la Gardenia Roja tienen una misión de justicia.

Cooper hizo una mueca de sarcasmo.

—De modo que atizar una paliza a unos cuantos negros es labor de justicia. Y todo no queda ahí. El año pasado, después del alboroto, apareció un moreno ahorcado en el bosque y otro colgado del tobillo en la misma puerta de una plantación. ¡No pienso permitirlo más!

—Deje pasar a los caballeros —insistió el encapuchado de la cruz ardiente y en su voz había una nota de amenaza.

—Conque los caballeros —masculló Cooper fijos los ojos en los dos agujeros que servían para mirar al encapuchado—. Apuesto que tú no eres otro que Nicky Calowey. No me engaña esa voz de muerto.

—¡Cállese, *sheriff*! —intervino uno de los encapuchados que estaba en primer término—. No tiene derecho… Cooper le dedicó especial atención.

—Y también me huelo quién eres tú. Rocky Kantor. Te sabes la celda de memoria.

—No podrá detenernos, *sheriff*. Somos cuarenta y dos miembros y todos llevamos armas.

Cooper asió instintivamente la culata del «Colt», pero no llegó a sacarlo.

El súbito silencio que se había producido en la calle parecía más impresionante que los cánticos anteriores.

Cooper tenía las mandíbulas apretadas y los ojos entrecerrados como dos grietas.

El ayudante permaneció a su lado en idéntica actitud.

El dirigente de los caballeros volvió a hablar rompiendo la tensión.

—Bien, *sheriff* —dijo—. Sólo queremos impedir esa maldita reunión de negros. Ahora déjenos pasar. No habrá violencias si ellos no se empeñan.

Cooper asintió de una cabezada y apretó los labios.

—De acuerdo. Yo iré con ustedes, caballeros —dijo—. Y les advierto una cosa.

—Usted dirá, *sheriff*.

—El primero que saque armas a relucir, va a acordarse de veras.

El dirigente hizo una nueva señal y la reunión prorrumpió en un nuevo himno poniéndose en marcha.

Cooper se puso en el flanco derecho de la comitiva, en tanto que Jerry, su ayudante, se colocaba al otro lado.

Todos juntos, atravesaron la calle mayor de Catch City.

El negro Sandy los vio pasar desde su escondrijo y continuó allí al ver que tres de los encapuchados se iban rezagando.

Los tres individuos dejaron aumentar la distancia de los que les precedían.

Continuaron por un lado de la calzada, sumándose únicamente al resto de la comitiva con el canturreo.

El encapuchado más alto y fornido, situado en el centro del trío, dejó de cantar y se dirigió a los dos que le flanqueaban.

—Está saliendo todo a pedir de boca, muchachos.

La caperuza del más pequeño se ladeó ligeramente.

—Ya os dije que el vejestorio del *sheriff* se iría con ellos.

—Tienes pupila, Barton. La verdad es que es mejor dar algo que

prometer mucho.

—¿Cuándo nos separaremos definitivamente de estos pájaros, Red?

El fornido Red se ajustó el cinto con el revólver por debajo de las blancas vestiduras.

—Van a torcer la esquina —dijo—. Esperemos a que lo haga el último y entonces cruzaremos al otro lado de la calle.

El tercero de los encapuchados tomó la palabra por primera vez.

—Yo estoy algo nervioso, chicos. Sospecho que con estos disfraces nos van a dar el alto antes de que podamos llegar a la otra acera. Hay algunos curiosos por las ventanas.

Red profirió un gruñido.

—Te falta fibra, amigo —dijo—. Cuando nos separemos de ellos, no hará falta disimular más. Al primero que dé un grito, le hago tragar un plomo… ¡Ahora, chicos…!

La procesión dobló la esquina de la calle Mayor, semejando un largo gusano blanco, y poco después alcanzaban el valle.

Los tres hombres aguardaron a que los últimos miembros de Los Caballeros de la Gardenia Roja torcieran la colina y entonces se dirigieron resueltamente, a través de la calle, a las oficinas del Banco.

Los dos vigilantes que estaban a un lado de la puerta, se miraron perplejos al verlos acercarse.

Red rió.

—Se trata de un asalto, hijos —al mismo tiempo dio un brinco y golpeó la cara de uno de los vigilantes con el cañón del «Colt».

Sonó un grito cortante.

El otro vigilante retrocedió vivamente y dejó caer el rifle que tenía entre las manos.

Entonces, los tres asaltantes entraron en el Banco General de Catch City, mostrando las negras bocas de los revólveres y ocultos los rostros con las capuchas de Los Caballeros de la Gardenia Roja.

# CAPÍTULO II

La primera página del periódico *La Voz del Oeste* estaba surcada, con grandes titulares del tamaño de una pulgada, que rezaban:

«Tres encapuchados asaltan el Banco General de Catch City».

«Se llevaron veinte mil dólares».

Mark Craven, de un metro noventa de estatura, anchos hombros, moreno y ojos negros de reflejos azulados levantó la mirada del papel cuando oyó gritar a su socio en la parte exterior del patio.

—¡Mark! ¡Ha venido! ¡Johnny acaba de llegar!

Graven vio entrar a su socio por la puerta de la sala.

Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, de fuerte complexión y aspecto simpático.

Mark se acercó a la ventana y vio los jinetes. Sonrió.

—Ha tardado un día más de lo previsto, Peter.

El socio de Mark soltó una carcajada y guiñó un ojo.

—¡Apuesto a que lo ha entretenido alguna rubia de esas que tienen de todo hasta en los tiempos de escasez!

Mark esperó a que amainasen las grandes risotadas de Peter.

—No me gustaría, Peter. Es demasiado joven.

Peter abrió la boca fingiendo sorpresa.

—¿Joven? ¡Infiernos, ya tiene dieciocho años! ¡Y por lo que he podido ver, le tiembla la nuez cada vez que se tropieza con una buena hembra! ¡Ha salido igual que su padre!

—Cierra el pico, Peter. —Mark continuó con la vista puesta en la cerca.

Peter acabó de reír sacudiendo la cabeza.

—Está bien, Mark. No puedes decir que no te lo he educado bien. ¿Qué he sido para él? Padre, madre y maestro. De todo un poco. Tú has tenido mucho trabajo para levantar el negocio y

además ocuparte de él. La verdad es que puedes estar satisfecho de él… y de mí. Sí, Mark. Tú hijo ya ha alcanzado la fibra y la madurez nuestra. Ya lo puedes ver. Lo envías al frente de un equipo y a los pocos días te viene con las reses vendidas y manejando a la gente con la misma mano que tú o yo podríamos hacer las cosas. Me gustaría que lo vieras disparar un revólver. Ha salido tan bueno como tú o yo. ¿Y a quién le debes eso? ¡Yo te lo diré! ¡A Peter Sanders!

—De acuerdo, Peter. Ahora guarda silencio. Ahí viene.

Johnny entró en el patio y su rostro se ensanchó al ver a su padre. Era un joven de cabello y ojos castaños, cuyo rostro apuntaba idénticas angulosidades que el de Mark.

Lanzó el sombrero por encima de Peter y consiguió colocarlo en la silla del fondo.

Padre e hijo se abrazaron un instante.

Peter tosió.

—Anda, Johnny, Cuéntaselo. Dile cómo le sacaste cinco dólares por res al tacaño de Bert Franklin.

—No fue difícil —dijo Johnny, y se acercó a la chimenea apagada.

Mark dio la vuelta al escritorio y alcanzó la caja de los cigarros.

—Según me dice Peter, parece que ha llegado la hora de que nos desplaces, ¿eh, Johnny?

Peter rió con fuerza.

—Nos hacemos viejos, Mark. ¡Él ha conseguido que los muchachos del equipo se tomen más interés por el rancho! ¿Cuánto hemos tenido que luchar tú y yo para eso? Ahí lo tienes en poco tiempo que lleva al frente.

Johnny parecía ausente tabaleando los dedos en la repisa de la chimenea.

Mark encendió el cigarro y lanzó una espesa bocanada de humo.

—Estás muy callado, Johnny —dijo.

El joven dio media vuelta.

—¿Cómo dices…?

Peter intervino gritando con fingida indignación:

—¡Han corrido mucho, Mark! ¡Casi cincuenta millas! ¿Cómo infiernos quieres que tenga ganas de cháchara?

Soltó una carcajada y palmeó con fuerza el hombro del

muchacho.

Johnny se encogió dando un quejido.

—¡No hagas eso! —gritó.

Peter se quedó con la boca abierta, y después de consultar el rostro de Mark, se dirigió al muchacho.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes en el hombro?

Johnny palideció y apoyóse en la repisa. Sonrió forzadamente.

—Nada de importancia. Me rocé contra unas rocas al pasar con el caballo.

Hubo un largo silencio.

Peter sonrió.

—A ver eso. Apuesto que es una buena despellejadura y lo quieres ocultar. ¡Ah, los hombres de pelo en pecho…!

Johnny apretó las mandíbulas.

—No me toques, Peter.

El socio de Mark sacudió la cabeza.

—Infiernos. ¿Qué pasa hoy aquí? —Y miró alternativamente a padre e hijo.

Mark permanecía inmóvil, entre nubes de humo, las pupilas fijas en el muchacho y los labios formando una línea recta.

Johnny dejó escapar el aire de los pulmones, y después de apretar los labios dijo remarcando las silabas:

—Bien; quiero que lo sepáis de una vez. Estoy harto de que andéis tocando palmas a cada cosa que hago. Mi amigo Alf tiene dos tías viudas que se derriten cada vez que el chico mueve un dedo. A veces me recordáis a las tías de Alf.

—No hables así, Johnny —dijo Mark secamente.

El muchacho asintió y miró el suelo.

Peter estaba más perplejo que resentido.

—Será mejor que lo dejemos ir a echar un sueño. Es lo que necesita.

—Anda, Johnny —dijo Mark, y sacudió la ceniza.

El muchacho fue lentamente hacia la puerta, y de pronto, cuando estaba cerca del vano, se detuvo en seco.

Mark vio al *sheriff* Lawrence Grant que se detenía afuera.

—¡Caramba, siento interrumpir la reunión! —saludó.

Mark ladeó la cabeza.

—Puede entrar, *sheriff*. En realidad, nuestra reunión de familia

había terminado.

El representante de la ley sonrió adelantándose hacia el triángulo formado por Mark, Peter y el inmóvil Johnny.

Se acercó a Mark, pero miró al muchacho.

—Hola, Johnny. Me han dicho que fue bien la venta. Los chicos acaban de decírmelo.

—El señor Franklin me dio saludos para usted.

Grant se volvió hacia Mark y apoyó la mano en el ejemplar de *La Voz del Oeste* que reposaba sobre la mesa.

—Quería hablarte de esto precisamente, Mark.

Craven enarcó las cejas.

—¿Acerca del asalto?

El *sheriff* arrugó el entrecejo y se rascó la nuca.

—Verás, Mark. Hemos recibido una orden circular para que estemos sobre aviso.

—Continúe, *sheriff*.

Grant levantó la mirada.

—Se sospecha que los asaltantes siguieron la ruta que enlaza esta población con las cuatro directas hacia Catch City.

—Entiendo.

El *sheriff* arrugó los labios.

—Nos han dicho que tengamos los ojos bien abiertos sobre el paso de forasteros y gente sospechosa. A veces ocurre que los forajidos se desvanecen sin dejar rastro. Es posible que traten de pasar desapercibidos hasta que el asunto se enfríe un poco. He pensado que quizá decidan enrolarse en algún rancho sin pasar por el poblado. Ya sabes, algunos piden trabajo y de este modo parecen esfumarse en el aire. ¿Tienes peones nuevos?

Mark negó con la cabeza.

—Le daré aviso en el momento en que aparezca alguno nuevo. Todas las semanas se deja caer algún forastero, pero trato de arreglarme con los que somos.

El *sheriff* cabeceó.

—De eso mismo se trata. Necesito controlar las entradas y salidas de gente nueva.

Grant señaló con la cabeza hacia el periódico.

—¿Lo has leído, Mark?

—Apenas las primeras palabras.

—Tiene una lectura muy interesante, pero ahí no está todo.

Mark se movió imperceptiblemente.

—¿Qué hay más?

Grant se tironeó de la guía del bigote.

—El artículo habla del mecanismo del asalto. Los tres asaltantes aprovecharon la reunión de Los Caballeros de la Gardenia Roja. Se disfrazaron como ellos y pasaron desapercibidos. El golpe lo dieron cuando las autoridades vigilaban los movimientos de la organización contra los negros.

—Alcancé a leer eso.

—Bien. Lo demás no tiene tanta originalidad. Los tres encapuchados desvalijaron la caja y saltaron hacia los caballos que tenían a punto en una de las esquinas. Hemos de agradecer que no mataron a nadie en el Banco, aparte de unos cuantos golpes a los dos empleados vigilantes. Ha sido muy sonado.

Mark miró al *sheriff*.

—¿Qué omite el periódico?

El representante de la ley se rascó el hoyuelo de la barbilla.

—Verás —dijo—. Uno de los vigilantes se recuperó cuando huían los forajidos y consiguió hacer un disparo.

—¿Dio en el blanco?

Grant encogió los hombros.

—Es un asunto complicado —manifestó—. A dos millas de Catch City se descubrieron las caperuzas y vestiduras de los tres sujetos. Uno de los vestidos tenía una pequeña rasgadura.

—¿Una herida?

El *sheriff* dejó perder la mirada.

—Apenas sí se puede llamar herida. Se trata de una rozadura. La bala hizo un ligero corte en la tela y los bordes estaban un poco enrojecidos de sangre. Poca cosa.

Peter intervino con un carraspeo.

—Puede ser una pista.

Grant sonrió pesaroso.

—Creo que es muy poco lo que tiene para atraparlos. Lo de la herida es tan insignificante para descubrir al sujeto, que tendrá que desecharse.

Mark se humedeció los labios.

—¿Dónde hirieron al individuo?

Grant se masajeó el mentón.

—En el hombro —dijo—. En el hombro derecho.

Hubo un largo silencio en la estancia. Johnny se aclaró la voz, pero le produjo un ligero fallo al decir:

—Con permiso de ustedes, voy a echarme un rato…

—Quédate —dijo Mark.

El *sheriff* miró a los Craven y arrugó el ceño. Luego observó al parpadeante Peter.

Mark aplastó la punta del cigarro en el cenicero.

—No parece que sea fácil atraparlos.

Grant respiró con fuerza.

—Lo mismo creo yo. El modo de cometer el asalto ya demuestra que son tipos listos como el diablo.

Mark no dijo nada.

Grant prosiguió:

—Sin embargo, las autoridades tenemos un poco de optimismo en el asunto. Ayer hablé con el *sheriff* Cooper en San Ildefonso, y me confesó que espera de un momento a otro conseguir más indicios. Algo así como si esperara que de pronto los forajidos se delaten.

—Es posible.

—La verdad es que Cooper tiene una larga experiencia en estas cosas. Lo he visto en casos más difíciles que éste y por fin dio con los culpables. Un viejo con olfato que no falla una.

Se produjo un silencio.

Johnny tropezó con el atizador de metal de la chimenea.

El *sheriff* desvió los ojos hacia él.

—Los chicos parecen contentos, Johnny —dijo.

El muchacho miró las tablas del entarimado.

—¿De veras?

Grant entornó los ojos.

—Me han hablado de la pequeña fiesta que tuvisteis en Lorena, en el local de Jimmy.

Peter rompió el silencio soltando una seca carcajada.

—¿Qué te dije yo, Mark? Estaban muy entretenidos.

Mark le dedicó una mirada y Peter dejó de reír en el acto.

El *sheriff* se aclaró la voz.

—Incluso les diste un día de permiso para campar por aquellos

andurriales. Cada uno por su lado. Eso está bien.

Peter volvió a reír.

—¡Ya se lo indiqué, *sheriff*! Le dije: «Dale suelta a los chicos y verás cómo se desviven por obedecerte». ¿Eh, Johnny?

Mark hundió las manos en los bolsillos.

—Bien, *sheriff*, puede quedarse a comer.

El representante de la ley denegó.

—Hoy no, Mark. Debo estar en la oficina por si suena el telégrafo.

—Como guste, *sheriff*.

Grant dedicó una mirada circular a los ocupantes de la estancia.

—Repito, señores. No tarden en avisarme si ven algún forastero.

Dicho esto, el representante de la ley salió al patio.

Mark inició un paseo a largas zancadas por el centro de la estancia.

Peter se puso en movimiento y se acercó a Johnny frotándose las fuertes manazas.

—¡Andando, Johnny! Lo que necesitas es un buen baño antes de acostarte, y aquí estoy yo para darte el masaje.

Mark dijo sin volver la cabeza:

—Espera, Peter.

El socio se detuvo a medio camino.

—¿Eh? ¡No vas a permitir que el chico se caiga al suelo muerto de cansancio! ¿No le ves la cara? Está al borde del derrumbamiento.

—Johnny…

El joven se volvió un poco.

—¿Sí, padre?

—Lorena está a pocas millas de Catch City.

—Sí, creo que sí.

Mark continuó moviéndose por la sala a grandes pasos.

—Es curioso —dijo.

Johnny se volvió completamente, pero no levantó la mirada.

—¿Qué es lo curioso?

—Pensaba en ese día de asueto que os buscasteis, precisamente en Lorena. ¿Qué día fue?

Johnny se humedeció los labios.

—El miércoles.

Hubo un breve silencio.

Peter se movió impacientemente.

—Bueno, insisto en que tendremos tiempo para hablar de todo…

Mark se volvió bruscamente.

—Calla, Peter.

El viejo hizo una mueca al observar el tono de su socio.

Se encogió de hombros.

—Está claro. Hoy no doy una en el clavo.

Mark entreabrió la boca y resolló con fuerza deteniéndose cerca de Johnny.

—Bien. Puedes ir a descansar.

El muchacho se despegó de la chimenea.

Peter acudió a él respirando satisfacción.

Mark los dejó llegar al centro de la estancia.

—Hay que echar una ojeada a esa rozadura —dijo—. Apuesto a que la tienes igual que cuando te la hiciste. ¿Iban los chicos contigo?

Johnny quedó de espaldas a su padre. Tardó un instante en contestar.

—No. No iban conmigo.

Mark se acercó a él lentamente.

Vio cómo Peter fruncía las espesas cejas y se pasaba la lengua por la comisura de la boca.

—¿Cómo has dicho que fue?

Johnny se volvió bruscamente.

—¿Qué significa esto? —dijo con voz aguda—. ¿A qué viene el interrogatorio?

Mark alargó una mano, tomó la tela de la camisa de Johnny y tiró hacia abajo.

El tejido se rasgó desde el hombro, y la manga quedó arrancada de cuajo.

Johnny gritó con espanto y chocó las espaldas contra la pared.

# CAPÍTULO III

Peter profirió un rugido avanzando vivamente con sus piernas cortas y gruesas.

—¿Qué pasa, Mark? —gritó—. ¿Es que te has vuelto loco?

Mark ladeó el rostro apretando los dientes.

—No te metas en esto.

—¿Pero qué ocurre aquí, infiernos? —rugió Peter.

Mark miró a su hijo.

—Justo en el hombro derecho.

El silencio que se produjo permitió oír el vuelo de una mosca. Los resuellos de Johnny y Peter sonaban a una.

Mark dio un paso. Miró al suelo con las pupilas extrañamente brillantes.

—¿Quiénes son los otros dos?

Nadie le respondió.

—Te estoy haciendo una pregunta, Johnny.

El muchacho respiraba con la boca abierta, las palmas de las manos apoyadas en la pared.

—No sé de qué hablas —dijo.

Mark se movió de modo que su desplazamiento escapó a la vista y golpeó la cara de Johnny.

El chasquido semejó un disparo.

El chico se tambaleó sin desprenderse de la pared, pero no dijo nada.

Peter empezó a estremecerse y una vena se hinchó en su frente estrecha.

De pronto estalló:

—¡Estás loco, Mark! ¡No voy a consentirlo!

—¡Cállate!

Mark insistió escupiendo las palabras entre los dientes en voz baja.

—¿Quiénes son los otros dos?

Al mismo tiempo se acercó hacia el muchacho.

Peter rugió como una bestia y se interpuso entre los dos.

Mark y Peter entraren en contacto con sus pesados cuerpos.

—¡No le pegues, Mark! —gritó Peter—. ¡Está herido!

Mark se desprendió de él con un brusco empellón.

Peter trastabilló por el entarimado y su robusto corpachón hizo impacto contra una consola de tres patas que se abatió con estrépito.

Mark sacudió la cabeza.

—Es sólo una rozadura contra las rocas —dijo.

—¡No, Mark! —chilló Peter desde el suelo—. ¿Qué infiernos nos pasa? ¿Es que nos hemos convertido en fieras?

Mark tendió la mano con fuertes dedos como garfios y atrapó la pechera del chico.

Éste soltó un gemido y trató de hundirse en la pared.

—Lo diré todo… ¡Te lo contaré todo!

—No hace falta, Johnny —la voz de Mark era extrañamente normal—. Sólo quiero saber quiénes eran los otros dos.

Johnny se humedeció los labios con la lengua y miró la mano que le aferraba.

—Red Cullingam y Barton Mincey…

Mark sostuvo la presión contra el cuerpo de Johnny.

El rostro de Mark era una máscara pétrea, angulosa, y sus ojos estaban convertidos en dos pequeñas esferas vítreas que parecían de brillo.

—Cullingam y Mincey —repitió.

Peter se incorporó de un sallo.

—¿Lo has oído, Mark? ¿Red y Barton? ¡Cualquiera de ellos merecía colgar de una rama! ¡Y han tenido que escoger al muchacho! ¡Yo les daré lo qué merecen! ¡Son tipos de mis medidas…!

—¿Quieres callarte de una vez, Peter?

Mark soltó a su hijo, quien se desmadejó sobre el brazo de un sillón.

Peter le golpeó el pecho con ambas manos.

—Déjamelos a mí, Mark. ¡Les voy a hacer pagar esto bien caro! ¡Yo les daré lo que necesitan!

Mark iba ya camino de la puerta.

Al llegar allí, se volvió y clavó una mirada penetrante en Johnny.

—¿Vais a quedaros los dos aquí? —dijo, y añadió, remarcando las palabras—: ¿Lo oyes, Johnny? Tú estarás aquí hasta que yo venga.

Luego atravesó el hueco de la puerta y salió al patio.

Peter apareció corriendo detrás de él.

Le puso una mano en el brazo.

—Mark…

—Déjame, Peter. Creo que he hablado bastante claro.

El hombrón movió la cabeza pesadamente.

—Sólo quiero acompañarte, Mark —dijo—. Bien, te prometo que haré lo que quieras. Pero te ruego que me dejes ir contigo.

—Tienes que cuidar del chico. —Mark se volvió y lo miró a los ojos—. Te hago responsable de que continúe aquí cuando yo regrese.

Peter se estrujó las manos.

—Mark, me voy a subir por las paredes mientras estés por el mundo. Conozco a esos pajarracos y sé qué clase de tipos son. Te voy a hacer falta.

Mark se acercó al establo y comenzó a desliar las riendas de un caballo pelinegro.

—Hace tiempo que no veo a Barton Mincey. ¿Dónde parará?

Peter se humedeció los labios con la lengua, pero la tenía demasiado seca.

—También andaba con el negocio de reses allá por Riffle. Para mí que las robaba. En cuanto a Red Cullingam, ya sabes. Es el tipo más importante de Longtown. Después de esto, ya comprendo cómo consigue los fondos, aunque en realidad lo sospeché siempre.

Mark consiguió desenlazar el caballo.

—Bien —dijo, y levantó la mirada hacia su socio—. Creo que no tardaré mucho tiempo.

Peter carraspeó.

—Mark…

—¿Qué?

Peter entornó los párpados.

—¿Crees que el viejo Grant se huele algo? No me ha gustado esa súbita visita para ponernos al corriente del caso del forastero.

—El *sheriff* Cooper aventaja a Grant en olfato. Ya sabes cómo consigue un rastro cuando nadie lo ve. Tengo que darme prisa, Peter.

Subió a la silla y puso en movimiento a la montura.

—Hasta la vista, Peter —y agregó—: Cuídalo.

Peter corrió de pronto hacia el jinete.

—¡Por última vez, Mark! —gritó—. ¡Déjame que vaya contigo!

Pero Mark ya no le escuchaba, porque acababa de espolear con fuerza los flancos del caballo.

# CAPÍTULO IV

Red Cullingam, de treinta y ocho años, anchos hombros, rubio y ojos verdosos, distendió la boca y sonrió mostrando las perfectas formaciones de dientes blancos entre los gruesos labios y bien dibujados al tiempo que se echaba atrás en el sillón.

—Sí, amigo. Yo soy el tipo que se llevó los veinte mil dólares del Banco General de Catch City. Uno de los encapuchados de pega que desvalijó la caja en un golpe tan espectacular que hasta nuestros nietos tienen que hablar de él. Yo soy el hombre que uso en juego la triquiñuela, logrando que el asunto saliese redondo. Yo: Red Cullingam. ¿Qué te parece?

Los dos hombres que le escuchaban sonrieron dándose codazos de satisfacción aunque sus manos no se separaban de las culatas de las armas.

El más grueso de los dos oyentes carraspeó y se inclinó sobre la mesa tras la cual reposaba Cullingam, repantigado en el sillón.

—Apenas sonó el campanazo, se lo dije a Sam. Esa faena es cosa de un tipo hábil, de buenas manos, un tipo como Red. ¿Eh, Sam?

El hombre que permanecía en silencio, llamado Sam, era de largo esqueleto, cara torcida y barba de varios días. Entreabrió la rajadura que le servía de boca y dijo:

—Sí, Cole. Tú lo dijiste.

Cole se palmeó el abdomen sonoramente y lanzó una carcajada de tonos rellenos.

—No podía ser otro. ¿Eh, Red? La verdad es que tú eras el único con quien hablé de mezclarse con Los Caballeros de la Margarita Verde.

—La Gardenia Roja —rectificó Red con una amplia sonrisa.

Cole abrió los ojillos.

—¡Ujú! Es cierto. Nunca acabaré de entender los condenados nombres que se adjudican esas cuadrillas de chiflados. Sí, Red. Yo fui el que señalé aquel día la idea de mezclarse con esos caperucitas para lograr un buen golpe.

Red arrugó los labios.

—Algo me va por la cabeza.

Cole sacudió la testa, algo más grande que las de tamaño normal.

—Verás, Red —dijo algo apenado—. No estoy muy contento con que te aprovecharas de esa idea mía. Debiste ponerme al corriente antes de llevarla a la práctica. Está feo.

Red alzó las cejas rubias.

—¿De veras?

Cole arrugó la cara haciéndola semejar a un grasiento queso que empieza a estropearse.

—Compréndelo, Red. Es un trabajo que me has quitado de las manos. Y hoy está cada día más difícil ganarse el pan.

—Sí, es cierto. Ciertas las dos cosas.

—Nosotros no hemos perdido el tiempo dando vueltas por ahí. Nos dijeron en el pueblo que estabas aquí arriba, y hacia aquí hemos encaminado los caballos, sabiendo que dábamos en caliente. Pero no he venido a reprocharte nada, Red.

El rubio mantuvo la sonrisa en los labios.

—¿No, eh?

Cole hizo un gesto rotundo.

—Nada, muchacho. Tú y nosotros siempre andaremos así. Como estos dos dedos.

Red guiñó un ojo.

—Me gustan los tipos comprensivos.

—A mí también —cabeceó Cole—. Precisamente, he pensado que podemos zanjar la cuestión de modo amigable.

Red rió y señaló a los dos sujetos con el dedo.

—¿Desde cuándo adivináis el pensamiento? ¡Enseñadme el truco!

Cole rió también y codeó a su hosco compinche para que le acompañara en la explosión de jolgorio, pero lo consiguió a medias.

—Bien —dijo por fin—. ¿Qué te parece una tercera parte del botín?

Red entornó los ojos.

—¿Siete mil dólares para vosotros?

Cole abrió los brazos.

—Es lo justo, Red. ¡No puedes quejarte!

Red continuó retorciéndose de risa en el asiento.

—Me hacéis gracia, muchachos.

—¿Si?

—Nunca comprenderéis al gran Red Cullingam… ¡Nunca…!

Cole y Sam se miraron para consultarse.

Red acabó de reír.

—Os iba a ofrecer la mitad. Sí, muchachos. ¡Diez mil pavos a vosotros por la estupenda idea que me disteis! ¿Qué os parece?

Cole boqueó un instante.

—Red —alcanzó a decir—. Pínchame y te juro que no me sacas sangre.

Red rió estruendosamente.

—¡Sabía que os quedaríais de una pieza! ¡Infiernos, qué cara ponéis! ¡Ahí detrás hay un espejo! ¡Miraros!

Cole y Sam cambiaron miradas perplejas, pero por fin optaron por reír con el gran Red.

—Eres grande, Red —dijo Cole—. Un tipo de los que van quedando pocos, ¿eh, Sam?

Sam asintió.

—Ahora.

Cole y Sam sacaron al mismo tiempo los revólveres y apuntaron a la figura que estaba en el asiento.

—Sácalos, Red. Diez mil.

El rubio dejó de reír bruscamente.

—¿Qué significa esto? —gritó.

Cole alzó las cejas y suspiró profundamente.

—Verás, hijo. Ocurre a veces que un tipo les da cuerda a otros y les promete el mundo. Luego en el momento clave, saca un «Colt» de la manga y paga por el cañón. No vamos a dejarnos sorprender esta vez. Nos han dicho que haces eso a menudo con otros acreedores.

Red saltó del asiento y su rostro era la máscara de todas las furias.

—¡Maldición! ¿De modo que así me pagáis? ¡Debí recordar la

clase de sujetos que sois! ¡Un par de truhanes!

—Cálmate, hijo —sacudió Cole el «Colt» en la mano.

Red apretó los labios y asintió resollando con tuerza.

—Bien, voy a daros la parte. Pero oídme una cosa, muchachos.

—¿Con qué letra empieza?

—¡Si os veo otra vez, dispararé sobre vosotros sin previo aviso! ¡Ahí tenéis una advertencia!

Cole encanutó los labios.

—Nunca te guardaremos rencor, Red. Tú eres grande.

Red avanzó hacia un armario, lleno de furia, con movimientos bruscos. Alcanzó un maletín de viaje y metió la mano dentro.

Sam y Cole se relamieron a la vista de la valija.

Red continuó con la mano dentro.

—Esta desconfianza no se me olvidará en toda la vida.

Entonces dentro del maletín empezaron a sonar detonaciones, una tras otra, un poco ahogadas por el hueco interior.

Cole quedó con la boca abierta, pues era la primera vez que veía escupir fuego a un sencillo maletín de mano, pero no tuvo tiempo de recuperarse de la sorpresa porque una bala lo empujó por el pecho y lo hizo retroceder.

Lanzó de pronto un chorro de sangre por la boca y se desplomó astillando con el cráneo una papelera de madera.

Sam alcanzó a apretar el gatillo, pero el proyectil pegó arriba del armario, muy lejos de la cabeza de Red, debido a que Sam había recibido ya un par de balazos en el esternón.

Red se mantuvo inmóvil un largo minuto sin apartar la mirada de los dos cuerpos que yacían en el suelo, haciéndose preguntas abstractas respecto al misterio de la vida. Dos tipos que hablaban y se movían como cualquier ser viviente y de pronto pasaban a la región de los muertos convertidos en dos nauseabundos guiñapos.

Dejó caer el maletín perforado y su diestra mantuvo el revólver humeante que guardaba siempre allí para aquellos casos.

En el rincón se revolvió un bulto oscuro y un sujeto malcarado contempló la escena con ojos soñolientos.

—Jefe —dijo—. Me estaba preguntando cuándo iba a darles lo que pedían a gritos. ¿Por qué lo demora tanto?

Red hizo una mueca de mal humor.

—Anda, Roy. Sácalos de aquí —gruñó. Y tomó una botella, de

donde bebió un trago.

El tipo llamado Roy alargó sus desnudos y fuertes brazos y tiró de los cadáveres llevándolos hacia la puerta.

Red quedó solo y en aquel momento escuchó una furiosa galopada en la parte trasera de la casa.

Fue hacia la ventana para descubrir al visitante, pero éste debió saltar de la montura antes de que se detuviera, porque en aquellos momentos atravesaba el pequeño parque.

—¡Red…! ¡Red…!

Cullingam se volvió hacia el recién llegado y quedó con el rostro contraído por la sorpresa.

—¿Qué diablos vienes a hacer aquí? ¿Te has vuelto loco, Barton?

Barton Mincey entró presa de excitación sin dejar de volver la cabeza hacia al exterior.

Cullingam lo asió por los hombros y lo sacudió con violencia.

—¡Contesta, condenado estúpido! ¿Es que has perdido la cabeza? ¿Qué vienes a hacer aquí?

Mincey boqueó a causa del cansancio de la galopada.

—Mark… Mark Craven ha hecho preguntas acerca de mí en Riffle.

El rubio abrió la boca, lleno de ira.

—¿Cómo? —gritó.

Mincey asintió sin poder respirar.

—Un tipo me pasó la noticia cuando estaba a punto de llegar al pueblo. ¡El padre de Johnny, Red! ¿Te das cuenta? ¡Debe pasar algo!

Red le dio un empellón interrumpiendo los grifos de Barton.

—¿Qué demonios puede pasar, estúpido? ¡Estás nervioso como una vieja urraca! ¡Nunca debiste venir aquí!

—¡Tenía que avisarte, Red! ¡Era necesario que lo supieras! ¡Era necesario, Red!

Red se volvió hacia él con los puños apretados.

—¿De qué tienes que avisarme, mamarracho? ¡Mark no andaría detrás de ti! Estoy seguro de que tu miedo es lo que te ha hecho correr como una rata.

Mincey se pasó la lengua por los labios cortados y descoloridos.

—No, Red. Estoy seguro de que Mark me buscaba por todos los

rincones de Riffle. Un par de amigos míos le dieron largas cuando preguntó por mí y Mark los aporreó a los dos. ¡Es un tipo durísimo, Red!

El rubio cruzó la habitación haciendo crujir los nudillos con rabia.

—No me gusta esto. ¡No me gusta, infiernos! De veras que no.

Mincey prosiguió precipitadamente.

—Estoy seguro de que Johnny ha dejado escapar algo. Canastos, deben haberle visto la herida, habrá hablado en sueños o qué sé yo. Pero lo cierto es que tenemos a Mark detrás de nuestros pasos.

Red soltó un salivazo.

—Johnny no puede haber abierto la boca —dijo sin mucha convicción—. ¡Infiernos, no puede haberlo hecho! Y tú eres un idiota de marca mayor.

Barton abrió los ojos saltones que resaltaban en su rostro fláccido y amarillento.

—¿Yo, Red? ¿Qué es lo que he hecho yo?

Red alargó una zarpa y lo asió por la pechera.

—Voy a dejarte sin huesos. ¡Sí, maldición! Cada vez lo veo más claro.

Barton chilló agudamente.

—¡Déjame, Red! ¡Déjame! ¿Qué diablos te pasa? Parece como si te volvieras loco de pronto.

Red rechinó los dientes y acercó el rostro al de su compinche.

—Si —escupió—. Estoy loco. Loco de rabia por la serie de imbecilidades que estás haciendo.

—¡Suéltame, Red! —graznó Barton asustado por la expresión del rubio.

—¿Es que no te das cuenta?

—¿De qué, Red?

—Mark tiene una bonita ocasión de relacionarnos con el guisado. Si sospecha de nosotros, lo has estropeado más viniendo aquí. ¿Entiendes, estúpido?

Barton transpiró copiosamente.

—Bien, Red. Tal vez sea mejor. ¡Le haremos frente a la par!

Red lo soltó simulando asco.

—Tú me vas a ayudar a pararle los pies a Mark —dijo con sarcasmo—. ¿Tú, cerdo? ¡Si tienes el miedo metido en el cuerpo!

Barton sacudió la cabeza con desesperación.

—¡No, Red! ¡No tengo miedo! ¡Contigo no tengo miedo! —Levantó la voz histéricamente—. ¡Yo le daré la ración…!

Red lo golpeó con fuerza de un manotazo.

Barton cayó de espaldas al suelo y se llevó la mano a la cara.

—¿Por qué me pegas, Red?

Éste se acercó a él con visibles deseos de patearlo en el suelo.

—Mereces que te vuele la cabeza en el acto por tarugo. Eso es lo que mereces. Conque tú le darás la ración. ¡Menudo payaso estás hecho!

Red pegó un puñetazo en la mesa y estuvo a punto de derrengarla.

—¿Quién me mandaría meterme en un asunto de importancia con dos monigotes de socios? ¡Aprende, Red! ¡Nunca es tarde!

Barton se quedó encogido en el rincón del suelo, hurtando el cuerpo al paso precipitado de Red.

Éste se detuvo junto a la mesa en una de sus idas y venidas y jadeó ruidosamente.

Se quedó mirando a un punto fijo y la expresión de su rostro se fue modificando poco a poco. Entornó un ojo.

Entonces soltó una fuerte carcajada.

Barton se le quedó mirando sintiendo el corazón en la garganta.

Estaba acostumbrado al cambio brusco en Red, pero nunca sabía dónde llegaría.

No le extrañaría que, apenas acabara de reír, le diera por sacar el «Colt» y emprenderla a balazos con él.

Barton tragó saliva.

El rubio lo apuntó con un dedo y arreció en sus carcajadas.

—¡Eres un botarate! —pudo decir—. ¡Un botarate!

Barton pestañeó sintiéndose incómodo.

—¿Dónde vas a parar? Ya me lo has dicho un montón de veces.

Red se desternilló de risa, las manos apretando los riñones.

—¡Fíjate! —dijo, sacudido por las carcajadas—. ¡Fíjate si tu estupidez es contagiosa que has estado a punto de sacarme de mis casillas! Estoy por darme un puñetazo en las narices.

Barton lo miró incrédulo.

—¡Escúpelo de una vez! —chilló sin poderse contener.

Red se apoyó desmadejado en el canto de la mesa, todavía presa

de las contracciones de hilaridad.

—Por un momento has estado a punto de hacerme perder la ecuanimidad. ¡Con esa cara de rata asustada! ¡De rata, Bart!

Mincey lo miró con expresión alelada.

El rubio sacó el pañuelo y sonóse ruidosamente.

—Sí, muchacho. La idea me ha llegado de pronto. ¿Qué puede Mark contra nosotros? ¡Contesta tú!

—¿Qué puede hacer, Red? —dijo Mincey, sinceramente perplejo.

—¡Yo te lo diré, gaznápiro!

—Sí, Red. Dímelo. Yo no tengo tantos alcances.

—Un topo lo vería incluso en colores. Mark ha tirado adelante porque es impulsivo.

—Estoy contigo con que se ha enterado del cotarro de algún modo.

—Sí. Su condenado hijo ha debido abrir la espita. Está claro.

—¿Qué haremos, Red?

—¡Yo te haré otra pregunta! ¿Qué puede hacer Mark? Nada, mentecato. Eso es. Mark tendrá que detenerse cuando su estúpido cerebro comprenda que su propio hijo está tan al cuello en el asunto como nosotros.

—Eres listo, Red.

—Lo vería un búfalo con cataratas. Mark comprenderá eso y dará media vuelta hacia su casa para esconder al chico bajo tierra.

—Estoy contigo, Red. Eso mismo nos protege.

El rubio lo miró con desprecio.

—Lo bueno de veras es esto que vas a oír. Abre las sucias orejas.

—Soy todo oídos, Red.

La voz del rubio sonó con cierta solemnidad.

—En cuanto Mark se nos ponga delante, si no le paramos los pies a tiempo, de un buen balazo desde una esquina, pondremos las cartas sobre la mesa y lo ordeñaremos.

—Todavía eres confuso, Red.

Cullingam sacudió la cabeza.

—Debía tener presente en todo momento que hablo para mastuerzos —suspiró—. Quiero decir que, cuando todo se calme, veremos el modo de ganar algo extra a costa de su estúpido hijo. ¿Te enteras?

—Te refieres a exprimir a Mark. Le amenazaremos con delatar al chico o algo parecido, saliendo por la puerta de escape, ¿no?

Red le miró la cabeza y luego se la golpeó con un dedo.

—Ahí dentro hay cosas que no caben sino una a una. Ya te las iré diciendo a medida que se desenvuelvan los acontecimientos. Por de pronto, tranquilízate sabiendo que Mark está aquí dentro del puño. Sólo tenemos que apretar para que empiece a segregar jugos.

Mincey rió chillonamente y se incorporó del suelo lleno de alivio.

—De todos modos creo que será mejor.

—De todos modos creo que será mejor hacerle unos cuantos agujeros si tiene la osadía de venir aquí.

Red suspiró hondamente y contempló la vegetación del exterior.

—Sinceramente, no creo que Mark Craven venga a Long Town.

# CAPÍTULO V

Mark Craven llegó a la estación de Long Town y se apeó del vagón antes de que el convoy quedara totalmente detenido.

La máquina soltó una larga pitada que resonó en la desierta estación, perdiéndose en la lejanía.

Mark echó a andar, después de ajustarse convenientemente el revólver al costado, y enfiló por el lado del andén que daba a la plaza.

Al ver el vehículo de cuatro ruedas se detuvo para contemplar a la mujer que estaba en el pescante.

Ella tendría unos veintitrés años, era morena, y poseía abundantes curvas destacadas por una cintura de avispa.

Los negros ojos de la joven se fijaron en el aspecto del forastero y parecieron sonreír a pesar de que sus labios rellenos mantenían una sombra de pesar.

—Apuesto a que ha bajado en esta estación por equivocación —dijo al hombre.

—¿Es esto Long Town?

Ella arqueó las cejas.

—Conque viene aquí de veras.

Mark la estudió cuidadosamente, y luego se tocó el ala del sombrero con intención de reemprender el paso.

Ella hizo un movimiento con las riendas y el animal se desplazó de un lado interceptando un poco a Mark.

—Puedo llevarlo al interior, si desea.

Mark tardó un instante en contestar. Por fin asintió.

—Gracias. Tengo entendido que el pueblo queda algo apartado.

—Sólo una milla —contestó ella, y le cedió lado en el pescante.

Mark se acomodó y echó una última mirada a la estación.

El vehículo se puso en marcha.

La joven sonrió ligeramente.

—Usted no es de esos tipos habladores.

El coche se venció un poco al tomar un bache.

—No. No lo soy.

Hubo un corto silencio y ella sonrió mientras tironeaba de las riendas.

—Es curioso. Sujetos como usted no aparecen todos los días por este poblacho lleno de moscas.

Mark guardó silencio, pero se volvió hacia ella para mirarla.

La joven chascó la lengua para estimular al animal.

—Lo tengo comprobado a la vista de los viajeros que bajan en esta estación. Se puede esperar que llegue un equipo de individuos barbudos para trabajar en las minas. O también algún sujeto de guantes blancos que manejará más tarde naipes en el local de Mike. Alguna vez llega una viejecita que resulta ser parienta del médico, pero tarda poco en salir llena de polvo de este lugarejo.

Mark entornó los ojos para resguardarse de la polvareda.

—Usted parece que frecuenta la estación.

—Vengo a cada tren —dijo ella—. Y no arranco el coche hasta que el andén queda vacío. ¿Cómo se llama usted?

—Mark Craven.

—Yo me llamo Alice Durray. ¿Viene aquí por cosa de negocios?

Mark asintió.

—Se pueden llamar negocios.

Alice acarició el lomo del caballo con el látigo.

—Éste es un buen lugar para nada. ¿Se da cuenta? Yo vengo todos los días a la estación para consolarme un poco con la ida y venida del tren.

—¿Qué hace usted en Long Town?

Ella encogió ligeramente los hombros.

—De todo un poco. Hace tres años bajé en este andén por error en vez de ir cien millas más al Norte, donde tenía un empleo en una agencia de la frontera. Entonces creí que la equivocación había sido mi suerte. El propietario de la cantina mantenía un negocio ruinoso y al enterarse de que yo llevaba algún dinero me propuso que convirtiéramos aquello en un *saloon*. Mire por dónde, dimos en el clavo.

—Tuvo éxito.

—La gente de estos andurriales dice que el local atrae a los que van de paso por la ruta. Y da un poco de vida al corral de vacas. El propietario de la cantina no pudo resistir tanto y se largó cediéndome el negocio a cambio de poco. Algún día podré marcharme también.

—¿Qué espera en la estación?

Alice respiró hondo.

—Espero al hombre que tiene que casarse conmigo.

Mark dejó pasar largo rato.

—Un tipo que tarda. ¿Quiere decir eso?

Alice encogió los hombros.

—Me carteé con él durante cierto tiempo. Era de San Luis. El chico me pedía ciertas cantidades para montar allá la casa y yo junté lo que pude cada temporada.

Mark se mantuvo callado.

Alice sonrió.

—Ya sé lo que piensa. Y crea que acierta. Nunca he vuelto a saber más de él. Sin embargo, todavía tengo la esperanza de que un día salte de uno de esos desvencijados vagones y venga corriendo hacia mí.

Mark mantenía una expresión ausente, fijos los ojos en el paisaje árido por donde pasaban.

Alice prosiguió:

—Con personas como usted se puede hablar con claridad. Lo que está pensando ahora también creo adivinarlo. Ya no espero a ese hombre conscientemente. Es el tren, ¿entiende? El tren es lo único que me da aliento. Un día lo tomaré y dejaré el carromato en donde lo ha encontrado usted. ¿A qué se dedica usted, señor Craven?

Mark vio las primeras casas del pueblo.

—Ganado. Tengo un rancho en Stilbury City. Lo llevo en compañía de mi hijo y un socio.

Ella se volvió hacia Mark.

—No parece usted un tipo casado.

—Mi mujer murió hace mucho tiempo.

—Oh.

Los dos permanecieron callados durante un largo trecho.

Long Town estaba compuesto de varias hileras de casas, cuyas

calles paralelas se comunicaban por callejones. Había algunas buenas construcciones en piedra, y desde las afueras se podía ver el tráfico de la gente.

—No está mal —dijo Mark.

Alice puso la mirada donde él.

—Sólo moscas y polvo. Ya lo verá. La única explicación de su llegada son los negocios.

—¿Conoce a un tal Red Cullingam?

Alice se envaró en el asiento al oír el nombre.

—Sí. ¿Es ése el hombre con quien tiene negocios?

—He venido a verle.

Alice apretó el freno del carruaje y con un ligero tirón de riendas detuvo el vehículo.

—Bien, señor Craven —dijo—. Ahora puede hacer el resto a pie.

Mark se la quedó mirando.

—¿Ocurre algo?

La muchacha apretó los labios y se volvió hacia Mark con las pupilas chispeantes.

—Sí ocurre, señor Craven. Y es muy sencillo de explicar —aspiró aire—. No quiero ningún trato con quien se relaciona con Red Cullingam. ¿He hablado claro?

Mark la miró con fijeza q se apeó.

—Sí, Alice.

—Ya me decía yo que usted era un tipo raro.

—Soy un tipo raro.

—La próxima vez que me encuentre, haga el favor de salir por la parte contraria. ¿Soy clara?

—De acuerdo, Alice —dijo Mark. Luego apoyó una mano en el hierro del pescante—: Me gustaría explicarle algo a cambio.

Alice manejó las riendas y el vehículo arrancó de un salto.

—No hace mucha falta que explique nada, señor Craven —dijo ella secamente, y se alejó.

Mark la vio continuar a lo largo del camino hasta que dobló el recodo formado por la falda de la colina.

Mark reanudó el paso hacia la entrada de la calle Mayor.

Y desde lejos observó a dos hombres sentados en cuclillas en la primera esquina, quienes parecían haberse dado cuenta de la despedida de Mark y Alice.

Cuando Mark pasó de largo por delante de ellos, el que estaba medio incorporado se echó a reír.

—¿Qué ha ocurrido, amigo? ¿Es que le ha dado algún pellizco?

Mark los observó con detenimiento.

Entretanto, el que había hablado, prosiguió, torciendo la boca:

—Alice está imponente, pero tiene malas pulgas. Nadie puede ponerle encima ni un dedo así.

—¿Dónde puedo encontrar a Red Cullingam?

Los dos sujetos se pusieron en pie y cambiaron una mirada.

—¿Quién lo pregunta? —dijo el que llevaba la voz cantante.

—Me llamo Craven.

—Y yo Milt —el tipo rompió a reír—. ¿Sabe una cosa?

Mark no dijo nada.

Milt sacudió la cabeza y se le quedó mirando con un gesto de insolencia.

—Pues bien. Es ésta. No nos da la gana decirle dónde se encuentra. ¿Le duele en algún sitio?

Craven guardó silencio.

El compañero de Milt se frotó las palmas de las manos en los pantalones.

—Mire, míster —dijo—. Milt y yo somos amigos de Red. ¿Va entendiendo? Y la verdad es que él ha dicho que nadie le moleste. Así nos dejó el recado.

Dicho esto codeó a su compañero y los dos rieron.

Mark apretó las mandíbulas y los puños, pero finalmente los dejó flojos.

Milt lo observó y empezó a divertirse.

—Por un momento pensé que iba a arrancarse. ¿No tiene gracia?

Craven reemprendió el camino.

Entonces Milt, sin dejar de reír, intentó ponerle la zancadilla al tiempo que levantaba el puño derecho.

Mark giró sobre los talones y estrelló la diestra en la cara de Milt.

El sujeto dio un ronquido y se precipitó de espaldas contra el muro de la edificación.

El otro individuo llevó la zurda a la pistola.

Mark movió la mano y entre sus dedos apareció el «Colt».

—Hágalo —dijo—. Intente tirar del arma y lo dejo pegado

contra la pared.

El amigo de Milt tragó saliva y entreabrió la boca.

—Me estaré quieto —prometió.

Mark enfundó el arma y alcanzó la acera sin volverse hacia los dos sorprendidos sujetos.

Milt se llevó el dorso de la mano a la boca y se restañó la sangre que le manaba del labio.

—Ese tipo —masculló— no tardará en saber lo que es el mordisco de una bala. Te lo dice Milt Dover.

Craven alcanzó el ensanche de la calle Mayor, y subió a los tablones.

Un grupo de hombres se entretenía en una partida de dados en la misma acera.

Mark se guió por el olor de cerveza rancia y encontró el local de bebidas cuatro puertas más allá.

Apoyó la mano en los batientes y al ir a empujar parecía ser la comisaría del pueblo.

Uno de ellos llevaba una estrella en la camisa. El otro permanecía de espaldas y, acabado el saludo, se volvió hacia la calle.

Mark entornó los párpados y se mantuvo con los ojos fijos en la puerta oscilante al ver al personaje de cabellos entrecanos.

Lo conocía desde hacía mucho tiempo.

—¡Señor Craven! —saludó el hombre del pelo gris.

Mark intentó esbozar una sonrisa mientras el hombre que acababa de hablar con el *sheriff* de la localidad se dirigía hacia él.

—¿Se acuerda de mí, señor Craven?

Mark notó la boca ligeramente reseca.

El hombre le estrechó la mano.

—Tiene que acordarse —sonrió—. Soy el *sheriff* Cooper. Dukas Cooper, de Catch City.

# CAPÍTULO VI

Mark Craven y el *sheriff* de Catch City bebieron sendos vasos en el interior del establecimiento.

Cooper chascó la lengua y jugueteó pensativo con el vaso.

—Sé que se está preguntando qué demonios hago aquí, tan lejos de mi jurisdicción.

Mark levantó el rostro hacia él y sostuvo la mirada.

—Supongo que se debe a lo del asalto. Tiene que ser eso.

Cooper sonrió.

—Sí, Craven. Le juro que ese absurdo asalto me lleva de coronilla.

—Algo de eso me habló el *sheriff* Grant allá en Stilbury.

—No hago más que andar de un lado a otro en busca de un posible indicio.

—Es cosa de su profesión, *sheriff*.

Cooper rió entre dientes, lo cual no encajaba en su carácter.

—La gente exagera mucho respecto a mí, Craven —dijo—. Pero la verdad es que en este caso no hago más que dar palos de ciego.

—Eso —dijo Mark— trae buenos resultados finalmente.

Cooper levantó los ojos hacia el espejo colgado detrás del mostrador.

—Las circunstancias en que se produjo el asalto me han dejado en ridículo —se volvió hacia Mark y sus ojos grises tenían extraños reflejos apagados—. Aquella mascarada, mi fallo en abandonar la calle Mayor cuando más necesario era y el sarcasmo que envuelve el mismo hecho, es un conjunto que no me ha dejado pegar ojo. Tengo hecho el propósito.

—¿Cuál?, ¡*sheriff*!

—O doy con los culpables en breve plazo, o tiro la estrella en el

cajón y resucito mi antiguo negocio de compra-venta de tierras. Lo tengo decidido.

Mark bebió un trago, pero acabó por apurar el vaso.

—Repito que tendrá éxito —dijo.

Cooper dejó caer la mandíbula y suspiró.

—Apenas sí tengo elementos para una buena búsqueda, Craven. Eso es lo que me desanima a ratos. ¿Qué importan unos cuantos detalles que van saliendo poco a poco cuando los culpables parecen estar tan lejos? Lo que le digo, Craven. Apenas sí tengo material para trabajar.

Mark trató de contener la pregunta que pugnaba por salir de sus labios, pero al fin la hizo de distinto modo.

—¿Se descubrió algo más aparte de las capuchas abandonadas y la tela rasgada? Grant me habló algo de eso.

Cooper sonrió enigmáticamente.

—Poca cosa —dijo.

Mark lo vio beber con lentitud y notó que los nervios iniciaban una ligera tensión.

El *sheriff* paladeó el licor.

—Un poco allí y otro allá. Migajas.

Mark se sorprendió aferrado con fuerza a la barra del mostrador.

—Todo eso puede valer mucho para un sabueso como usted, *sheriff*.

Cooper rió brevemente. Luego se mordisqueó el labio y dijo meditativo:

—Un poco más allá de las capuchas abandonadas, había una huella.

Mark notó verdadero calor en el ambiente del local.

—Ya es algo.

—Sí, Craven. Observé la huella durante un día entero. No le exagero. Pertenecía a una bota de esas que llevan tacón doble. Debía pertenecer a un sujeto joven. Los chicos están empleando esta clase de calzado para aumentar de talla —hizo una pausa breve—. Será casualidad, pero la huella estaba de modo que me hizo comprender que pertenecía al mismo sujeto tocado. Me refiero al de la rasgadura en el hombro. Era una pisada tan limpia que la rellené de caldo de yeso. Un buen modelo. Estoy haciendo algunas indagaciones en varios sentidos. Hace calor, ¿eh, Craven?

Mark se vio el rostro transpirado en el espejo, y se enjugó lentamente con el pañuelo.

—Un poco. Debimos tomar cerveza. Aquí disponen de hielo de la montaña.

Cooper estaba con los ojos fijos en el fondo del vaso.

Mark lo miró fijamente. Aquel viejo *sheriff* era capaz de leer un pensamiento escrito detrás de un muro de veinte pulgadas de espesor.

Cooper se llenó medio vaso de licor.

—Yo opino que el *whisky* es mejor para refrigerar que la cerveza. ¿Parece un contrasentido? —Se detuvo y agregó—: Hay algo raro en esta población. Long Town. Es como si un delgado hilo de araña uniera esto con el asalto. No sabría explicarlo. Tal vez se debe a que empiezo a mezclar los pequeños detalles y se acerca la confusión.

«Migajas —pensó Mark—. Me gustaría saber qué es de importancia para este viejo zorro». Y agregó con voz alta:

—Usted no desperdicia nada, *sheriff*. Así dará en el clavo.

Cooper se encogió de hombros.

—Cabellos —dijo.

Mark tensó el rostro sin comprender.

—¿A qué se refiere?

Cooper rió otra vez entre dientes.

—No me haga caso, Craven. Este asunto me hace delirar. Me refería a los cabellos de los sujetos que asaltaron el Banco.

—¿Qué sabe de los cabellos? —dijo Mark y trató por todos los medios de dar un tono normal a su voz.

Cooper fijó la mirada en su interlocutor.

—Los individuos de la capucha debieron quemarlas para no darme ventajas. Las capuchas estuvieron adheridas mucho tiempo al pelo y finalmente atraparon algún cabello. En dos capuchas encontré lo que buscaba. Una tenía pelos rubios y otra uno solo. Castaño.

Mark sirvióse otro vaso y bebió la mitad de la ración al primer tanteo.

—Olvide su antiguo negocio de compra-venta, *sheriff*.

Cooper volvió a reír, un poco más alegre.

—¿Le parece que he dado con una mina? Bien, Craven, intente usted buscar a tres personas sólo con esos elementos. Migajas,

Craven, sólo migajas.

Mark se sorprendió mirando al *sheriff* con una mueca, y recompuso los músculos de la cara en cuanto Cooper se encaro con él.

—Tengo que trabajar mucho, Craven. Tres días que no duermo. Sólo pensando en detalles como partículas de polvo en el aire.

Mark contuvo el aliento presintiendo nuevas revelaciones de Cooper.

Aquel anciano de cabellos grises tenía cierto parecido con los perros de presa que de pronto sueltan la dentellada. Tenía que esperar cuál sería la próxima. Pero no pudo aguardar.

Trató de esbozar una sonrisa.

—Sería curioso saber con qué «partículas» cuenta. Usted es de miedo, *sheriff*.

El representante de la ley en Catch City sonrió modestamente.

—No tengo mucho tiempo por delante, Craven —guiñó un ojo —. Ya verá el fin de todo esto. Ahora tengo que dejar Long Town por unos días.

Craven estrechó la mano del anciano.

—Hasta la vista, *sheriff*.

—Puede que nos veamos, muchacho. Necesito hacer unas identificaciones en un lugar que me está dando un toque aquí —señaló la cabeza sonriendo—. Voy a Riffle.

Mark lo vio salir del local y se notó una gran rigidez en todos sus músculos.

# CAPÍTULO VII

Red Cullingam enseñó los dientes al apretarlos con fuerza y sus ojos despidieron un chisporroteo.

—De modo que el bastardo de Mark Craven se ha atrevido a venir a Long Town.

Barton Mincey comenzó a danzar delante del escritorio, agitado de contracciones nerviosas y el rostro desencajado.

—¡Y lo peor del caso es que ese condenado sabueso de Cooper parece al cabo de la calle! Debiste ver a Craven y al viejo *sheriff en* el momento de la entrevista. ¡Maldición! ¿Por que tuve que pasarme aquel rato en el bar? Por poco dan conmigo. Yo estaba petrificado en una de las mesas del fondo.

—Al grano, idiota.

Mincey se pasó una mano por la cara retirándola húmeda de sudor.

—Fue para caerse de espaldas, Red. Craven y el sabueso hablaban como si tal cosa, pero yo no les quitaba ojo de encima. Los cabellos rubios y castaños, la huella de la bota de Johnny y, por si faltaba poco, la despedida con que se iba a Riffle. ¡A Riffle, Red! ¿Te das cuenta? ¡Ese vejestorio de *sheriff* ésta en el ajo!

Red encanijó las mandíbulas.

—No te dispares o te meto un revés en la boca. Habla con propiedad.

Barton asintió tragando saliva dificultosamente.

—Craven se hacía el loco cada vez que el *sheriff* le largaba una andanada. ¡Pero tenías que verlo sudar! Sudar al tipo duro de Craven. Después que se largó el *sheriff* corrió como un loco a la botella y la vació. Te juro que lo vi salir dando traspiés. Está temblando de saber que andan cerca de nosotros… es decir, de su

hijo. El *sheriff*…

—Condenado viejo —mascull Red—. Nos faltaba contar con él.

Mincey dejó escapar un grito nervioso.

—¡Cooper! ¿Cómo es posible que ese reumático tenga tantos recursos mentales? ¡Para mí que tiene pacto con Satanás o está trabajando a medias con un clarividente!

—No te desbarates, pollito. —Red se movió impaciente por la habitación—. Habrá que meterle una bala a Cooper a todo precio.

—¡Si se ha largado!

Red se revolvió.

—¿Te crees que estoy sordo? ¡Lo encontraremos!

—¿Y dejar a Craven tras nuestros talones?

Red se detuvo.

—¿Qué te dijeron Milt y Bert?

—Craven los encontró a la entrada del pueblo apenas bajó del tilburí de Alice —cacareó Barton—. Los chicos están resentidos. Intentaron juguetear con Craven, pero el tipo maceó a Milt. Bert estuvo a punto de «sacar», pero si lo hace, a estas horas estaría tieso como un espárrago.

—Me está dando en el olfato que ese par de idiotas van a fallarme.

—Por eso he puesto remedio —replicó Barton, y señaló hacia el patio.

Red se detuvo y al mirar afuera profirió un rugido, quedándose con la boca abierta.

—¿Quiénes son esos dos tipos, maldición?

Barton respiró aliviado.

—Tab y *Jet*. Dos chicos de mi confianza. Los he mandado llamar para enderezar este cotarro.

Red arrugó la cara y achicó los ojos mirando a su socio.

—¿Tú? ¿Tú los has mandado llamar?

—Sí, Red. Ellos darán remedio a nuestros males. Hacen de todo.

—¡Condenación del infierno! —Gruñó Red—. ¿Es que quieres ponerme enfermo? Nadie te ha autorizado a meter cuchara en todo esto. ¿Cómo demonios se te ocurre traerme a esos dos fantoches? ¿De qué manga te los has sacado, estúpido?

Mincey miró perplejo a su socio.

—¿Por qué te parece mal, Red? —gritó—. ¡Todo lo hago mal

para ti!

Red lo acometió, pero Mincey aumentó las distancias de un salto.

—Debía machacarte los sesos contra el suelo por hacerme esta porquería. Me sobra gente para aclarar el caldo, bestia.

—No te enfades así, Red.

El rubio dio media vuelta agitado por una intensa furia.

—¡Ahora verás lo que hago con todos los hombres de tú confianza, mamarracho!

Salió afuera y se dirigió a los dos hombres que lo miraban con inquietud al oír los gritos.

Se plantó delante de ellos.

—De modo que han venido a remediar todos nuestros males —dijo con sarcasmo, y los miró alternativamente.

El más corpulento de los dos enarcó el pecho y declaró dándose importancia:

—Señor Cullingam. Aquí nos tiene listos para entrar en acción. ¿A quién nos cargamos primero?

Red apretó las mandíbulas.

—Esto me tiene que pasar a mí —dijo en voz baja.

El corpulento Tab tosió.

—Y además le va a costar muy poco, señor Cullingam. Pongamos doscientos pavos por hombre marcado. ¿Qué le parece?

—Maldita sea. Todos quieren sacar trozo del asado.

—¿Cómo dice, señor Cullingam?

Red echó la cabeza hacia atrás y empezó a sonreír.

—Decía que necesito someterlos a una prueba. Quiero hombres, no manteca en forma de monigote.

Tab dio un ronquido de sorpresa.

—¿Qué es lo que dice, señor Cullingam? Usted parece que está loco.

Red sacudió la cabeza.

—Olvídenlo, chicos. Vamos a la prueba.

Tab asintió.

—De acuerdo. Traiga un bote —dijo—. O una palangana vieja. Verá como no fallamos ni un tiro.

Red escupió con desprecio. ¿Cuándo tropezaría con un verdadero cerebro aparte del de Cooper…?

—Me refiero a un duelo entre nosotros. Traten de matarme y yo me limitaré a desarmarlos. Ahí está el juego.

Tab y *Jet* se miraron incrédulos.

Tab asintió:

—Tal vez le hagamos un rasguño, señor Cullingam.

—Lo de ustedes no será un rasguño —dijo.

—De acuerdo, vamos. Allá va…

Los tres hombres hicieron volar las manos hacia las armas, y casi simultáneamente sonaron varios estampidos.

*Jet* fue el único en parecer acusar el plomo. Saltó hacia atrás y cayó cuan largo era. Alzó la cabeza y fijó los ojos en Tab con una expresión de terror. Luego, se dejó caer soltando un ronquido que quedó cortado por una bocanada de sangre.

Tab miró alternativamente al caído y al señor Cullingam.

Soltó el revólver y dijo con un hilo de voz:

—¡Santo cielo…! ¡Parece increíble! —apuntó con el dedo a Cullingam con gran esfuerzo—. ¡Usted es el mismo diablo!

De pronto encogió las piernas y cayó al suelo como un fardo.

Red los miró y escupió.

Luego se volvió al espantado Barton, cuyos ojos amenazaban salírsele de las órbitas.

—¿Te ha gustado, puerco?

—¡Red…!

El rubio avanzó hacia él con el revólver por delante.

—Estoy harto de tus sandeces, hombre listo.

—¡Me corregiré, Red! —chilló Mincey—. Te juro que después de esto seré otro.

Cullingam lo miró largamente hasta que Mincey se puso de color cera. Entonces dijo con las palabras deletreadas:

—Atiende bien, tipejo —se detuvo en el umbral—. La próxima vez que olvides quién manda en este negocio, te meto una bala en los sesos justo por esa jefa de cerdo. ¿Me entiendes?

Mincey quiso tragar saliva, pero no alcanzó a hacerlo.

—Corriente, Red. Tú mandas. Yo no soy nadie. Red Cullingam es el grande.

# Capítulo VIII

—Red Cullingam es el grande —dijo el viejo levantando la mirada de ojos acuosos—. Es una expresión que se utiliza por esta parte.

Mark Craven respiró con impaciencia.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —dijo.

El viejo sentado en la acera encogió los hombros.

—Hace días que no lo veo, forastero. De veras que se lo diría con gusto si lo supiera.

Mark leyó en los ojos del anciano una mentira latente.

—Bien —resolló—. Se ve que es un tipo de mucha influencia aquí.

—Pregunte ahí dentro en el *saloon*. Hay tipos que lo saben todo.

Mark oyó detrás de él un par de voces destempladas.

—¿Por qué no nos pregunta a nosotros?

—Sí, nosotros lo sabemos.

Mark se volvió poco a poco y reconoció los rostros.

Era la misma pareja que había encontrado a la entrada del pueblo.

—Ya les pregunté debidamente.

Milt sonrió.

—Bien, estamos de acuerdo en que fue una buena coz. Usted tiene rápidos reflejos, míster.

—Lárguense.

Milt se pasó una mano por la cara con barba de varios días.

—La verdad es que no nos concedió tiempo para prevenirnos. En otras palabras, nos pilló descuidados.

Mark se encaró con ellos.

—Señores —dijo—. No estoy para trifulcas. Les advierto que llevo un mal día.

Milt arrugó la cara en expresión de congoja.

—Sí, míster. Usted tiene cara de pasarlo mal. Tiene penas y se le nota en las orejas.

Mark no contestó.

—Lo bueno del caso es que yo tengo el remedio para eso. Es una medicina que no falla nunca. Se la aplicó un amigo mío que andaba siempre con problemas y mire por dónde hoy está tranquilo y descansado.

El viejo se apartó arrastrándose por la acera y no tardó en desaparecer.

Mark respiró por las narices y las aletas se le movieron.

—¿Qué es lo que quieren?

—Se lo he dicho bien claro. Vamos a despeñarlo.

—Seguro que les envía Cullingam. Sí. Debí sospecharlo desde la primera entrevista. Ustedes estaban a la entrada del poblado que era justo el lugar por donde llegan los forasteros.

—La vida tiene esas cosas raras —suspiró Milt, por decir algo.

Bart habló por segunda vez con una voz ligeramente chillona.

—Lo que pasa es que usted nos sorprendió un poco. Esperábamos un viejo reumático y nos quedamos de piedra al verlo tan largo y estirado. ¿Sí, Milt?

Milt asintió con una cabezada.

—Ahora…

Los dos sujetos a las órdenes de Cullingam sacaron las armas a relucir y consiguieron apretar los disparadores cuando Mark todavía tenía el «Colt» en la funda.

Las balas pasaron por encima de su cabeza, porque en aquel preciso instante él, Mark, caía de espaldas hacia dentro del *saloon.*

Mark no les dio otra oportunidad y disparó desde el suelo, algo trabado por los batientes.

Los fogonazos atravesaron las rejillas de las puertas oscilantes.

Milt se llevó las manos a la cara mientras soltaba un largo alarido. Dio vueltas como una peonza y cayó de bruces sobre el polvo de la calzada.

Bart se agarró a una de las columnas de madera, al sentirse tocado, miró con ojos extraviados al forastero que lo mataba. Luego, cerró los ojos y las manos le resbalaron flojamente por la columna dando finalmente con sus restos en el entarimado de la

acera.

Mark pasó mucho tiempo en el suelo del local.

Por fin una voz femenina lo sacó de su abstracción.

—¿Qué es lo que ha hecho, señor Craven?

Mark se levantó poco a poco.

—¿Qué tal, Alice?

La mujer lanzó fuego por los negros ojos, más abiertos y bellos que nunca.

—Ha tenido que resolver sus malolientes asuntos a la puerta misma de mi local —dijo entre dientes.

—Ha sido pura coincidencia.

Alice lo miró con desprecio.

—Y pensar que estuvo a punto de darme el timo. Es igual que todo lo que pasa por este lugarejo. ¡Basura!

Mark observó que en el local únicamente estaba el gordo servidor del mostrador, un poco más allá que la joven.

—¿Ha terminado ya, Alice?

Ella dio un paso hacia adelante.

—No intente contarme su historia sentimental, señor Craven. Lo calé desde el momento que me preguntó por Cullingam.

Mark guardó silencio.

Ella prosiguió sonriendo con pesar:

—He sabido cómo se ha desvivido durante todo el día por averiguar el paradero de su compinche.

—Nadie me ha dado una razón que valga la pena.

—Bien, señor Craven. Yo le explicaré por qué.

—Me gustaría saberlo.

Alice titubeó, tratando de comprender si el forastero se burlaba de ella veladamente.

—Es fácil —dijo finalmente—. Mucha gente ha venido a preguntar por Cullingam durante el tiempo que estoy aquí. Se dividían en dos ciases de sujetos. Agentes de la autoridad y gente de avería. Cada uno por vez. Cullingam los recibía finalmente cuando tenía posibilidades de enfrentarse con los primeros y seguridad respecto a Jo que querían los segundos.

—¿Adonde va a parar, señorita Durray?

—A esto. Ya puede decir a la gente que no tema pasarle recado a Red Cullingam, el tipo grande de Long Town. Que ha llegado uno

igual que él y que todo andará sobre ruedas. Lobos entre lobos no se muerden.

—Supongo que no tiene nada más que decir, Alice.

La joven sacudió la cabeza sin dejar de mostrar sus pequeños dientes en una sonrisa de pesaroso sarcasmo.

—Nada más que una cosa. Recordarle que evite pisar el mismo suelo que yo. En otras palabras, quítese de mi vista.

Mark la miró durante un momento y finalmente asintió.

Luego se dio media vuelta y salió por los batientes.

La gente rodeaba los dos cuerpos en la calle.

El *sheriff* surgió de un lado del tumulto y alcanzó a Mark antes de que se pusiera en movimiento.

—¿A qué se debe esto, señor Craven?

Mark lo miró ligeramente sorprendido.

—¿De modo que sabe mi nombre?

El representante de la ley estaría por los cuarenta años, lucía un bigote negro, bien recortado en las puntas.

—En esta ciudad todo corre muy aprisa —se volvió hacia el tumulto—. No crea que le voy a encarcelar por esto, Craven.

—Seguro que eran dos individuos que le causaban malestar.

—Justo.

—¿Habló usted con el *sheriff* Cooper?

El hombre del bigote bien recortado sacudió la cabeza.

—Sí, Cooper habló conmigo. Conozco la clase de asado que se cocinó en Catch City. ¿Tiene usted algo que ver con aquello?

—No.

El *sheriff* dio un suspiro, mientras se secaba el sudor del cuello con un pañuelo.

—Mi nombre es Irving Keane, y soy un tipo al que no le gustan las complicaciones.

—Bien hecho.

—Quisiera que me siguiera el rastro.

—Se lo sigo.

—Hablé de complicaciones —señaló los cadáveres que había en el suelo— y esos dos fiambres me auguran que usted puede ser un tipo difícil de tratar.

—No se preocupe por mí, *sheriff*.

—¿Va a estar mucho tiempo con nosotros?

—Creo que muy poco.

—Ojalá no se equivoque.

—¿Alguna otra pregunta?

El *sheriff* se miró las uñas. Luego alzó los ojos mirando el atezado rostro de Mark.

—Usted no es un chiquillo, Craven.

—He cumplido los treinta y siete.

—Debe cuidarse. Lo decía en ese sentido.

—Sé cuidarme, *sheriff*.

—Así me gusta.

—¿Alguna otra pregunta? —replicó Mark.

—No. Creo que no tengo ninguna que hacerle. Al menos, por ahora.

—Gracias, autoridad.

Craven dio media vuelta y se alejó por la acera de tablones. Poco después empujaba la puerta del hotel La Alondra.

Un tipo que defendía los ojos con gruesos lentes apartó la mirada del diario que leía sobre el registro, y sonrió untuosamente.

—¿Habitación, señor?

—Sí.

Mark se inscribió con su verdadero nombre, y poco después se encontraba en la habitación que le había sido destinada, la número ocho.

Detúvose ante la ventana y miró hacia la calle. En algunos puntos de las aceras se habían formado corros. Hombres y mujeres hablaban gesticulando mucho. Mark supuso que él sería el tema de esas conversaciones.

Despojóse del cinturón y lo dejó a un lado sobre la almohada. Luego se quitó las botas y tendióse en el lecho.

Estaba cansado, muy cansado. Pero tenía mucho en que pensar.

## CAPÍTULO IX

—Fue como le digo, señor Cullingam —explicó Roy Hadle—. Ese tipo, Craven, se cargó a Milt y a Bert como quien no hace la cosa.

Barton Mincey encogióse en el asiento.

—¿Has oído eso, Red? Ya te advertí que ese Mark Craven era un tipo duro.

Cullingam había entornado los ojos después de escuchar la mala noticia que le traía Roy Hadle.

—¡Condenación, no lo comprendo!

—¿Qué es lo que no comprendes? —preguntó Barton.

—Mark Craven no obra como debería hacerlo teniendo en cuenta que su hijo es también autor del asalto.

—Quizá Johnny le dijo que él era inocente.

—Mark Craven no se las puede tragar de ese tamaño. Apuesto a que él sabe que su hijo es tan culpable como nosotros.

—Entonces, ¿por qué ha venido aquí en son de guerra?

Red Cullingam se pellizcó el mentón, pensativo.

—Quizá no hemos obrado como debíamos.

—Soy yo ahora el que no te entiendo.

—Escúchame, estúpido. ¿Quién tiene el botín?

—Tú, Red —contestó Hadle.

—¿Os he repartido algo?

—No. Dijiste que para que las cosas fuesen bien tú tendrías los veinte mil dólares durante un mes. Luego nos juntaríamos aquí en tu casa y tú nos darías la parte correspondiente a cada uno. Eso fue lo acordado.

Cullingam sonrió.

—Pues ahí lo tienes, muchacho. Es posible que el papaíto de Johnny, Mark Craven, tema que su hijo no va a cobrar nada y ha

venido aquí por la parte que le corresponde a su hijo en el botín.

Barton sacudió la cabeza.

—Apuesto a que ni tú mismo crees eso.

—Maldita sea… ¡No, no lo creo!

—Mark Craven siempre ha teñido fama de tipo honrado. Según me dijeron, ha habido ocasiones en que se ha podido aprovechar cuando sus vecinos estaban a la mala y lo que ha hecho es tenderles la mano.

Cullingam soltó un escupitajo hacia la salivadera que había en un rincón.

—No me lo pongas por las nubes, Barton.

—Sólo trato de no hacerte olvidar lo que se refiere a ese hombre que ahora anda detrás de nosotros.

—Pensemos con la cabeza. Si Craven ha venido por nosotros significa que está también dispuesto a entregar a su hijo.

—Es un tipo con muchas agallas y quizá lo haga.

—Sería un mal padre.

—Quizá él no tenga tu punto de vista.

Cullingam se levantó.

—En seguida lo sabré.

—¿Qué vas a hacer?

—Entrevistarme con Mark Craven.

—¿Estás en tu sano juicio?

—No te preocupes. Me haré acompañar por cuatro hombres.

—Pero ¿qué vas a adelantar con eso?

—Ya te lo he dicho. Aclararemos las cosas de una vez para siempre. ¿Es que no te has dado cuenta? No sabemos lo que Johnny pudo decir. Es posible que ese niño bonito le haya pintado a su padre un cuento enternecedor. Ya sabes, lo de siempre, que nosotros le obligamos a dar el golpe. Ten en cuenta que Johnny no ha cobrado todavía un condenado dólar.

—¿Quieres que te acompañe?

—No harías más que molestar y veo que, por momentos, te estás conviniendo en una gallina.

—No tienes derecho a decirme eso, Red.

—Te lo digo en la cara como se dicen las cosas. ¿Tienes algo que objetar?

Barton miró un rato los brillantes ojos de Cullingam y

finalmente dijo:

—No, Red. No tengo nada que decir.

Minutos más tarde Cullingam cabalgaba hacia el pueblo en compañía de cuatro hombres.

Al llegar allí se detuvieron ante el *saloon* de Alice Durray.

Cullingam habló con un hombre que estaba apoyado en la pared, de esa forma se enteró de que el forastero se había hospedado en el hotel La Alondra.

—Bien chicos. Vamos allá —ordenó Cullingam.

Entraron en el hotel y Cullingam se dirigió al encargado del registro.

—Hola, Joshua.

—¿Cómo está, señor Cullingam?

—¿Cuál es la habitación del señor Craven?

—La número ocho.

Cullingam se volvió hacia sus hombres.

—Quedaos aquí, pero ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Los chicos asintieron.

Cullingam subió por la escalera y arriba llamó con los nudillos en la puerta número ocho.

—¿Quién es? —preguntó una voz desde dentro.

—Red Cullingam, señor Craven.

Se oyó crujir un colchón. Luego, unos pasos se acercaron. La puerta se abrió de golpe, pero Cullingam no vio a nadie a través del hueco y soltó una risita.

—Esto no es ninguna trampa, señor Craven.

—¿Está usted solo, Cullingam?

—Asome la cabeza y lo verá.

Mark Craven se apartó de la pared con el revólver en la mano. Cullingam se columpió sonriente con los dedos pulgares en el cinturón.

—Estoy solo. Completamente solo.

—Está bien. Pase, Cullingam. Lo estaba esperando.

Cullingam dejó de reír.

—¿Me estaba esperando?

—Sí. Pero la verdad es que pensé que no se decidiría a venir tan pronto.

Cullingam trató de adivinar el pensamiento de Mark Craven

mirándolo fijamente a la cara. Pero desistió cuando vio aquella piel reseca, aquellos ojos brillantes que no le decían nada.

Finalmente, se decidió a entrar en la estancia y Mark Craven cerró la puerta con la puntera del pie descalzo.

Cullingam se dio cuenta de que aquel hombre, sin las botas puestas, era cuatro dedos más alto que él, lo cual quería decir que la talla de Mark Craven estaba por arriba del metro ochenta.

—Bien, Cullingam —dijo Craven—. Es mejor que terminemos pronto este asunto.

—¿Qué asunto? —preguntó Red cautamente.

—Usted lo sabe. El asalto del Banco de Catch City.

—Sí, algo he leído en los periódicos.

—Usted no ha necesitado leer nada porque se informó de primera mano.

Cullingam se echó a reír y, dando unos pasos, se sentó en el borde del lecho.

Mark Craven continuó en el mismo sitio y sólo tuvo que girar un poco para mantener los ojos fijos en la figura de su visitante.

—Usted es grande, Craven. Lo conoce todo, lo sabe todo, y hasta ha pensado en el futuro. Apuesto a que sí.

—Sí, Cullingam, he pensado en el futuro de los salteadores del Banco de Catch City.

Cullingam se pasó el dorso de la mano por la crecida barba.

—¿Qué porvenir es ése?

—El Banco va a recuperar los veinte mil dólares del botín.

—Estoy seguro de que el director de ese Banco se va a poner muy contento.

—Y los tres salteadores serán entregados al *sheriff*.

—¿Los tres?

—Los tres.

Cullingam sacó una bolsa de tabaco y papel de fumar del bolsillo superior de la camisa. Se puso a liar un cigarrillo sin invitar a Craven. Mientras realizaba la operación preguntó:

—¿Conoce la identidad de los salteadores?

—Sí. Uno de ellos es usted. El otro Barton Mincey… —se interrumpió un instante.

—¿Y el tercero? —preguntó Cullingam.

—Mi hijo.

Hubo una larga pausa mientras Cullingam humedecía el papel con la punta de la lengua. Sus ojos observaron la inexpresiva cara de Craven.

—Así que usted piensa entregar también a su hijo.

—Desde luego.

Cullingam encendió con un fósforo y observó la llama. Luego le arrojó una bocanada de humo y la llama se apagó. Dejó caer el resto del fósforo en el suelo y alzó los ojos.

—Como comediante no tiene precio, Craven.

—No estoy representando ningún papel.

—A mí no me engaña. Usted olió el negocio y ha querido sacar tajada.

—¿Qué dice, Cullingam?

—Está la mar de claro. Su niño le ha dicho que le correspondían cinco mil machacantes del botín del asalto. Fue lo que le prometí. Otros cinco mil eran para Barton.

—Y para usted diez mil.

—Naturalmente. Fui el organizador, el cerebro… Ya me entiende.

—Sí, le entiendo.

—Pero usted, después de que su hijo le contó la historia, decidió que cinco mil dólares no eran bastantes para el niño.

—¿No?

—Usted pensó que, tal como estaban las cosas, podía venir aquí para obligarme a soltarle un chorro más grande.

Se hizo otro silencio. Los dos hombres se observaban con las caras convertidas en máscaras de cartón.

De pronto Cullingam rió.

—Le he descubierto el pastel, ¿eh, Craven?

—No.

—Pues va a conocer mi respuesta. Su niño cobrará los cinco mil en la fecha fijada, poco más o menos dentro de un mes. Sólo eso. Cinco mil. Ni uno más.

—Mi hijo no quiere ningún dinero de esa bolsa.

—¿Se lo ha dicho él?

—No, no me lo ha dicho él, pero yo soy su padre.

—El ya es mayorcito para adoptar decisiones con respecto a su vida.

—Sólo tiene dieciocho años. Es menor de edad. Y por lo tanto, Johnny me ha de obedecer en todo.
—Ya lo entiendo. Usted es el que ordena. Quiere seguir cuidando de su polluelo.
—No me gustan mucho sus palabras, Cullingam, pero las daré por buenas.
Cullingam dio una chupada al cigarrillo.
—Escuche, Craven, vamos a ser realistas.
—Seamos realistas.
—Voy a hacer una excepción con su hijo.
—¿Sí?
—Le daré a usted los cinco mil machacantes de la parte que a él le corresponde. Luego usted montará en el caballo y se largará con viento fresco. —Cullingam sonrió—. Es ponerse en razón, ¿eh?
Craven se rascó la patilla derecha con el cañón del revólver.
—No, Cullingam. Usted no es realista. Si quiere serlo tendrá que venir conmigo.
—¿Adónde?
—A Catch City. Naturalmente, también nos acompañará el tercer tipo, Barton Mincey.
—¿Ya lo hizo su prisionero?
—Cuando llegué a Riffle, Barton se había largado de allí.
—¿Dónde habrá podido ir?
—Está aquí, con usted.
Cullingam permaneció un rato inmóvil. Luego dejó caer el cigarrillo en el suelo, y se quedó contemplando el humo que ascendía hasta el techo.
—Está bien, Craven. No le voy a negar que Barton se encuentra aquí, pero no va a ocurrir nada de lo que usted dice. Ni él ni yo lo vamos a acompañar a ninguna parte.
—Sólo pretendo entregaros al *sheriff* de Catch City.
—Y también entregará a su hijo.
—Usted sabe que lo haré.
Cullingam rió más fuerte que antes.
—Comprendo su combinación —miró otra vez a Craven—. Sí, amigo, le comprendo. Usted lo dijo antes. Johnny es menor de edad, y durante el juicio, el abogado de Johnny sacará a relucir que el muchacho sólo se dejó llevar por las malas compañías. Es lo de

siempre. Naturalmente, él se ganará una sentencia leve, o lo dejarán en libertad, pero todo el peso de la ley recaerá sobre Barton y sobre mí.

—No soy el juez que los va a juzgar.

—No, Craven. Usted no es el juez, pero todo va a salir como yo digo. Y, como es lógico, también se tendrá en cuenta eso de la reincidencia. Tengo fama de salteador, y hasta es posible que desempolven un par de condenas que me gané hace unos años. Barton tampoco es trigo limpio. —Cullingam sacudió la cabeza sin dejar de sonreír—. Usted ha pensado en todo, Craven. Sí, es listo como el demonio.

—Hasta ahora no tuve oportunidad de pensar lo que podrá ocurrir en el juicio.

—A mi no me engaña, Craven. Desde el primer momento se dio cuenta de que su polluelo saldría bien librado. Y por eso se ha atrevido a meternos mano. Usted, en la comunidad donde vive, allá en Stilbury, tiene fama de tipo honrado, y ahora, si las cosas ocurriesen como usted ha decidido que ocurran, sus vecinos serán capaces de levantarle una estatua en la plaza mayor. Puedo leer la lápida que pondrán al pie del monumento: «A Mark Craven. El más honrado de los ciudadanos de Stilbury Rock».

Mark movió el revólver apuntando a Red.

—No quisiera hacerlo por la fuerza, Cullingam.

—¿Qué es lo que va a hacer por la fuerza?

—No debe tener ninguna duda. Llevarlo hasta Catch City.

—No diga eso, señor Craven.

—También atraparé a Mincey.

—Según usted, cree que estoy atrapado.

—Esto es un revólver —repuso Mark moviendo el arma.

—Sí, ya sé, y dispara balas, pero ¿se le ha ocurrido preguntarse por qué he venido aquí sin preocuparme de la forma en que usted me pudiera recibir?

—Sí, lo sé. Tiene usted a unos cuantos hombres en el vestíbulo de este hotel.

Cullingam hizo una mueca.

—Cuatro, exactamente.

—Muy bien. Nos divertiremos.

—Ellos no van a dejar que usted me lleve, Mark.

—Lo supongo. Pero, a pesar de lodo, va a venir conmigo.

—Es un poco testarudo.

—Levántese.

Cullingam se puso en pie y separó los brazos del cuerpo sin esperar una segunda orden. Mark fue a su lado y lo despojó de las armas arrojándolas sobre el lecho.

—Ahora, póngase cara a la pared mientras me calzo.

Cullingam se fue contra la pared y quedó inmóvil.

Mark Craven se sentó en el borde de la cama y dejó el revólver a un lado. Se calzó rápidamente las botas y púsose en pie con el arma en la mano.

—Eche a andar hacia la puerta, Cullingam.

—Está cometiendo un error.

—Obedezca.

Cullingam sacudió la cabeza y fue hacia la puerta, la cual abrió de un golpe. En el corredor se volvió hacia Mark.

—Recuerde que te he avisado, Craven. Si usted aparece con el revólver en la mano no podrá llegar a la calle porque mis hombres lo asarán.

—Si alguien hace fuego, la primera bala será para usted. Dígaselo a sus muchachos cuando lleguemos a la escalera.

Cullingam hizo un gesto de fiereza.

—Piensa que tiene todos los naipes, ¿eh, Craven?

—Quizá.

—Yo le demostraré que está equivocado.

—Ande, Cullingam. Eche a andar y no pierda la cabeza si quiere asistir a su propio juicio.

Cullingam dio media vuelta y echó a andar hacia la escalera.

Mark fue detrás de él.

De pronto la puerta número siete se abrió de golpe y una mujer salió, cruzándose entre Mark y Red. La mujer llevaba un maletín en la mano con el que golpeó en el brazo armado de Craven.

Cullingam había vuelto la cabeza y en un instante echó a correr, desapareciendo por la escalera.

Craven trató de pasar junto a la joven, pero en ese momento ella giró otra vez y lo volvió a golpear con su valija.

—¡Eh!, ¿qué pasa aquí? —dijo ella.

—¡Apártese! —gritó Craven, aunque sabía que era demasiado

tarde.

Oyó a Cullingam bajar por la escalera mientras gritaba:

—¡Eh, muchachos! ¡Cubridme con los revólveres! ¡Viene detrás de mí!

Mark Craven miró furiosamente a la joven por cuya culpa Cullingam se le acababa de escapar. Estaba por los veinte años de edad y era morena, muy esbelta, de busto prieto y rostro sensitivo en el que se destacaban unos ojos muy grandes, negros, orlados de sedosas pestañas, y la boca de labios semi gruesos, muy rojos.

—¿No encontró mejor momento para salir de su habitación? —rezongó él.

La joven inspiró profundamente, mientras sus ojos chispeaban.

—¿Le he estropeado alguna combinación, pistolero?

# Capítulo X

—Sí, señorita, me ha estropeado uña combinación —exclamó Craven.

—Entonces, me alegro.

—No sea usted responsable.

—¿Quiere dejar de apuntar con el revólver?

—No puedo enfundarlo.

—¿Por qué?

—El hombre que acaba de escapar tiene unos cuantos amigos en el vestíbulo.

—No me cuente un folletín.

—No es ningún folletín, y será mejor que se quede aquí un rato.

—¿Yo con usted? ¡Está loco…! Quiero perderlo de vista.

—Muy bien, señorita, pero recuerde: si oye un estampido, no se asuste.

—Nadie puede disparar contra mi —dijo ella levantando la barbilla, y echó a andar rápidamente por el corredor.

Iba ya a aparecer por la esquina que había junto a la escalera, cuando de pronto sonó un estampido, y la joven lanzó un grito retrocediendo tan rápidamente que chocó contra el cuerpo de Craven.

Las piernas de la muchacha flaquearon mientras dejaba caer la maleta.

Mark abarcó rápidamente a la muchacha por la cintura sosteniéndola.

—Ya se lo advertí, señorita.

La joven lo miró con ojos llameantes.

—Ha podido buscar otro lugar para su tiro al blanco.

—Hay situaciones en la vida sobre las que uno no tiene poder de

decisión.

—Habla demasiado bien para ser pistolero.

—¿Quien le ha dicho que soy pistolero?

—No me diga que es un *sheriff que* está aquí de incógnito.

—No, no ejerzo autoridad en ninguna parte.

De pronto la joven consultó su reloj de pulsera.

—¡Sólo faltan cinco minutos!

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? ¡Para que se marche el tren que debo tomar!

—Lo siento, pero tal como están las cosas, me parece que va a perder ese tren.

—¡Eso es imposible!

—¿Tiene mucho interés en tomarlo?

—¿Qué le importa a usted eso?

—Bueno, no se ponga así. Sólo trataba de ayudarla.

—Ya me ayudó bastante cruzándose en mi camino.

—Cuidado, señorita, fue usted quien se cruzó en el mío.

—No sea cínico. Ande, dígame quién fue el que pasaba por aquí cuando salía de la habitación.

—Contemple el asunto desde mi punto de vista. ¿Quién fue la que salió de la habitación cuando llegué por esta parte del corredor?

—No sé por qué le hablo a usted. ¡Y suélteme! Me está abrazando desde hace un rato.

—Perdone —dijo él, y dejó de abarcarla por la cintura.

La joven alcanzó la valija.

—¡Tengo que salir de aquí! ¿Quiere decirles a sus amigos que se estén quietos?

—No son mis amigos.

—Inténtelo.

—Está bien. Lo haré en su obsequio.

Craven pasó por junto a la joven y caminó hasta la esquina del corredor.

—¡Eh, Cullingam! ¿Estás ahí?

La respuesta fueron dos disparos y luego Cullingam rió.

—Ande, Craven, venga a por mí.

Mark se volvió hacia la joven y encogió los hombros.

—Ya lo ve.

—Apresúrese. Voy a perder ese tren.

—¡Eh, Cullingam! —gritó otra vez Craven—. ¡Se trata de la joven gracias a la cual usted ha escapado! ¡Ha de tomar un tren que sale dentro de pocos minutos…!

—¿A quién quiere engañar, Craven?

—No hay ningún engaño. Es la pura verdad. Le propongo una tregua de un par de minutos para dar oportunidad a que la muchacha abandone el hotel y pueda llegar a tiempo a la estación.

—Claro, y usted se descolgará por detrás de ella.

—No, Cullingam, no haré tal cosa.

—Es lo que usted dice, pero no le creo.

Mark se volvió otra ve hacia la joven.

—Lo siento, pero no sirve de nada.

La muchacha apretó los dientes con fuerza.

—Cuando ese Cullingam le habla así, es porque es usted un tipo de cuidado.

—¿Y si el tipo de cuidado fuese él?

La joven fue a decir algo, pero en última instancia se interrumpió y miró otra vez el reloj.

—¡Santo cielo, dos, minutos…! ¡Lo pierdo…! ¡Pierdo ese tren!

—Bueno, ya tomará otro mañana.

—Me despedirán.

—¿Quién?

—La persona que me contrató.

—Cuando llegue a su destino, puede usted explicarle a qué se debe su demora, y estoy seguro de que la comprenderá.

—Qué bien lo arregla todo.

—Trato de echarle un cable, señorita.

—No lo necesito. Sé muy bien ir sola por el mundo.

—He oído a muchas personas de su edad decir cosas como ésa, pero desgraciadamente, muy pocas demostraron suficiencia para ir solas por el mundo.

—Resulta casi gracioso oír esas palabras en su boca. Parece un reverendo.

—Tiene razón. Olvídelas. —Craven hizo una pausa—. Le aconsejo que vuelva a su habitación.

—Aunque sólo sea para perderlo de vista, creo que es algo que

me conviene.

—No ha sido muy afortunada la forma en que hemos entablado conocimiento, pero si puedo hacer algo por usted, mi nombre es Mark Craven.

La joven ya había abierto la puerta número siete y volvió la cabeza.

—Espero no necesitar nada de usted, señor Craven.

—Lo celebraré, señorita.

Ella se metió en su cuarto sin decir su nombre y cerró con un fuerte golpe.

Mark esbozó una sonrisa y luego caminó otra vez hacia la esquina del corredor revólver en mano.

—Eh, Cullingam… ¿Qué espera conseguir con esto?

—Voy a cobrar su piel.

—Le resultaría demasiado cara. Déjelo.

—Está atrapado como un conejo.

—En absoluto.

En aquel momento se oyó la voz fuerte del *sheriff* Irving Keane.

—¿Qué pasa aquí, Cullingam?

—No es cuestión suya, Irving.

—¡Y un diablo! ¡Soy el *sheriff* de Long Town, y se acaban de producir unos disparos en este hotel que es propiedad privada! ¿Sigue pensando que no es cuestión mía?

—Oiga, Irving. A nuestra ciudad se llegó un tipo buscándome las cosquillas, y usted ya sabe que eso es algo que a mí no me gusta.

—¿Se refiere a Mark Craven?

—Exactamente.

—¿Qué tiene que ver con usted, Cullingam?

—Manía que me ha tomado.

—Muy bien, Cullingam. No quiero saber nada acerca de lo que puede haber entre ustedes. Pero si quieren liarse a tiros, háganlo fuera de la ciudad. Ahora tengo que pedirle que abandone el hotel con sus hombres.

Hubo un silencio y Cullingam habló:

—¿Lo ha oído, Craven?

—Sí, lo he oído.

—El *sheriff* ha venido en su ayuda, pero no crea que por eso se va a salir con la suya. No piense que me voy a esconder. Si me

busca, me va a encontrar. Piénselo un poco mejor y lárguese antes de que se encuentre un plomo en el camino. Vamos, muchachos, por ahora acabó la diversión.

Se oyeron pasos en el vestíbulo, camino de la puerta y las voces de los hombres de Cullingam se perdieron a lo lejos.

Luego alguien empezó a subir las escaleras y el *sheriff* ordenó:

—Guarde el revólver, Craven.

Mark enfundó el arma.

Irving apareció por el recodo del pasillo y se quedó quieto mirando al forastero.

—Yo tenía razón en lo de las complicaciones, ¿eh, Craven?

—A veces son inevitables.

—No me gusta el cariz que toman los acontecimientos. Apuesto a que usted insiste en quedarse en la ciudad.

—Sí, *sheriff*. No tengo más remedio.

—De modo que tiene un negocio pendiente con Cullingam.

—Sí.

—Y apuesto a que está relacionado con el asalto al Banco de Catch City. El hecho de que se presente aquí el *sheriff* Cooper, unido a lo de usted y lo de Cullingam, no parece indicar otra cosa. Usted supone que Cullingam tuvo algo que ver con eso.

—Es posible.

—¿Y qué pretende usted ahora, Craven? ¿Una parte de la bolsa?

—No. Sólo pretendo sacar de aquí a Cullingam y a otro tipo llamado Barton Mincey.

—Ya entiendo. Se los quiere llevar para entregarlos al *sheriff* Cooper.

—Sí.

—¿Quizá porque le tienta la recompensa?

—No me interesa la recompensa.

—De todas formas, está metido en un mal asunto. Cullingam es un hueso duro de roer.

—Lo imagino.

—¿Espera alguna ayuda de alguien, Craven?

—No. Ni la he pedido.

—En lo que a mí respecta, no puedo concedérsela. Cullingam no ha cometido nunca un delito en el territorio de mi jurisdicción y tampoco le han probado nada en otros lugares. ¿Se da cuenta? Sé la

clase de tipo que es, pero no puedo meterle mano.

—Lo entiendo, *sheriff*.

—Y si usted confiesa que va detrás de él, Cullingam o cualquiera de sus hombres podrán volarle la cabeza y nadie le exigirá cuentas. Ni yo mismo podré hacerlo.

—Me hago cargo.

—Sería mejor que se marchase.

—Cuando salga de Long Town, lo haré llevando conmigo a Cullingam y a Barton Mincey.

—Está empeñado, ¿eh?

—Sí, *sheriff*.

El representante de la ley dio un suspiro.

—Está bien, Craven. Estoy más tranquilo. Sólo quería ponerle en antecedentes. Ahora lo que haga será cuenta suya.

—Gracias, *sheriff*. Fue usted muy amable en perder su tiempo conmigo.

—Nunca se pierde cuando de lo que se trata es de aclarar las ideas.

Inmediatamente, Irving Keane dio media vuelta y se alejó por el corredor descendiendo por la escalera.

Mark regresó a su habitación y después de encerrarse con llave, se tendió otra vez en la cama.

—Sí, tal vez como ha dicho el *sheriff* Keane, ahora Cullingam o cualquiera de sus hombres podría volarme la cabeza.

# CAPÍTULO XI

Mark Craven bajó las escaleras del hotel.

El encargado del registro dio un respingo.

—Buenas noches, señor Craven.

—Hola, muchacho.

—Le he preparado su cuenta.

—¿Quién te ha dicho que me voy?

El empleado tosió suavemente.

—Bueno, yo creí que… que usted no prolongaría mucho su estancia entre nosotros.

—Sí, muchacho, me iré pronto. Pero no antes de mañana. ¿Alguna dificultad?

—No, señor Craven —sonrió forzadamente el tipo de los lentes —. No pasa nada. Nada.

Mark continuó su camino hacia la puerta.

Su mano derecha rozaba la culata del revólver.

En la calle reinaba la oscuridad.

Se detuvo un instante en la acera de tablones mirando en derredor.

Un bulto sospechoso se movió en la esquina de enfrente, y le prestó atención, pero luego comprendió que era un borracho que estaba allí apoyado en la pared, canturreando por lo bajo.

Entonces Mark echó a andar lentamente.

Sus pasos resonaron y el cuero reseco de sus botas crujió.

Llegó ante una esquina que daba acceso a un callejón, y se detuvo aguzando el oído. Sólo le llegó el murmullo del viento al encajonarse por el otro extremo.

Cruzó a la otra parte, y por último se detuvo a las puertas del restaurante de Simeón Cowley.

Se coló dentro del negocio y detúvose en el umbral observando a la joven que estaba sentada a una mesa, junto a la columna del centro. Era la muchacha que había conocido en el hotel. Su vecina de habitación. Ella también lo vio a él y sus miradas se cruzaron sólo durante una fracción de segundo, porque la joven bajó los ojos al mantel.

Un hombre regordete se adelantó sonriente al encuentro de Mark.

—Éste es un lugar pacífico, forastero, y si quiere disfrutar de la cocina de Simeón Cowley, un servidor de usted, ahora está a tiempo de hincar el diente en las mejores albóndigas de carne que se hacen a este lado de las Rocosas.

—Tengo el estómago hueco, señor Cowley.

—Aquí lo rellenará —rió Cowley su propio chiste—. Y, le aseguro que todo va a ser de primera calidad.

Mark se dejó conducir hasta una mesa situada en el fondo. Desde allí podía ver las espaldas de la joven.

Comió las albóndigas que le había recomendado Cowley. Eran buenas, efectivamente.

De pronto oyó pasos y al levantar la mirada vio delante de él a la muchacha.

—Buenas noches, señor Craven.

Mark fue a levantarse.

—Buenas noches, señorita. ¿Puedo invitarla?

—No, gracias. Ya cené.

—Muy bien. Entonces, hágame compañía.

—No he venido a hacerle compañía.

—Usted dirá entonces.

La joven abrió un bolso del cual extrajo un boleto.

—Quiero que se ocupe usted de esto.

—¿Se refiere a cambiar el boleto?

—Sí. Usted me aconsejó que no saliese de la habitación.

—Es cierto, pero no esperé que me obedeciese.

Las aletas de la nariz femenina palpitaron.

—Me costó siete dólares con noventa y cinco. Quiero que me den a cambio un boleto para mañana.

—¿Cuál es su destino?

—Lisborn.

—Muy bien, señorita. La acompañaré a la estación y veré lo que puedo hacer.

—Si no consigue que me lo cambien, tendrá que darme los siete dólares con noventa y cinco. Usted fue el culpable de que yo perdiese ese tren.

—No pierda la calma.

—No pierdo nada.

Mark se puso en pie definitivamente y dejó la servilleta sobre la mesa.

Simeón Cowley se acercó a ellos.

—¿Ya se va, caballero?

—Sí.

—Pero si apenas ha comido. Apuesto a que todavía no ha rellenado el estómago.

En eso se oyó una voz.

—No se preocupe, Cowley. Nosotros nos encargaremos de rellenárselo.

Cowley dio un grito mientras fijaba los ojos en los dos hombres que habían entrado subrepticiamente en la estancia, y que se apoyaban en la pared, muy cerca de la puerta.

Eran dos tipos de feo aspecto, barba crecida, sombrero tejano de ala ancha, cubiertos de polvo. El más alto era de pómulos salientes y cabello muy negro. El otro era rubio, de nariz un poco torcida.

Simeón Cowley se aclaró la garganta.

—¿Quieren cenar, caballeros? Han llegado a tiempo… Tengo unas albóndigas que son para chuparse los dedos.

Ninguno de los recién llegados prestaba atención al dueño del restaurante.

Los ojos de ambos estaban fijos en la figura de Mark. El del cabello renegrido habló por la comisura de la boca.

—Apártese de ahí, viejo.

—¿Qué dice, amigo? —Galleó Simeón.

—Que se aparte de ahí antes que un obús lo tire contra la pared.

Cowley pegó un salto alejándose rápidamente del lugar en que se encontraba Mark Craven.

La joven continuaba junto a Mark.

—¿Conocidos suyos, señor Craven?

—No los he visto en toda mi vida.

—¿Qué quieren entonces?
—Matarme.
La joven hizo un fruncimiento.
—¿Está hablando en serio, señor Craven?
—Sí, y será mejor que se aleje hacia su mesa, señorita. Eso me recuerda que todavía no sé su nombre.
—Winter. Elsa Winter.
—Celebro haberla conocido, señorita Winter, aunque haya sido en unas extrañas circunstancias. Y ahora si me lo permite, he de ocuparme de estos caballeros.
—¡Oh, no puede hacer eso!
—¿Por qué no?
—¿Es que no se acuerda? Tiene que solucionar primero lo de mi boleto.
—Me temo que estos caballeros no tendrán paciencia para esperar mi regreso de la estación.
El moreno y el rubio sonrieron. Fue el segundo quien habló ahora.
—Lo ha acertado, Craven. No podemos demorar lo nuestro un segundo más. Lucky y yo tenemos mucha prisa.
—¿Sí?
—Hemos de ocuparnos de un par de asuntos más en nuestro camino a El Paso.
—Parece que están solicitados.
—No sabe usted cuánto. Es lo que les pasa a dos muchachos como nosotros cuando se ponen a hacer las cosas bien.
—Y ustedes lo hacen muy bien.
—Mejor que eso, somos únicos, ¿eh, Lucky?
El del cabello renegrido sacudió la cabeza.
—Siempre he dicho que fue una gran suerte que nos encontrásemos en aquel bar de Abilene Audrie.
El llamado Audrie sonrió enseñando unos dientes muy blancos.
—Bueno, ¿qué estamos esperando? Hemos de continuar inmediatamente el viaje.
—¡Ahora! —exclamó Lucky.
Las manos volaron raudas a los revólveres.
Sonaron dos estampidos.
Elsa lanzó un grito después de producirse los disparos.

Los tres hombres que se enfrentaban continuaban en pie, inmóviles, con las armas en la mano, pero de pronto dos de ellos empezaron a moverse.

El primero en hacerlo fue Audrie, quien lanzó un extraño sonido con la garganta y se tambaleó.

En su pecho, a la altura del corazón, le había aparecido un agujero por el que salió un hililo de sangre. Trató de agarrarse a la mesa que tenía a la izquierda, pero sus manos se agarrotaron sobre el mantel y de pronto se venció a un lado y todo él se vino abajo. El mantel cayó por encima cubriéndole la cara.

Lucky se fue hacia atrás, golpeó las espaldas contra la pared y luego se vino hacia adelante. Sus ojos estaban muy abiertos. Justo entre ellos mostraba un negro boquete por el que salía una sustancia mezcla de rojo y de marrón. Las piernas se le doblaron y se arrugó, cayendo de bruces en el suelo.

Mark sopló el cañón del revólver y lo devolvió a su funda.

A sus espaldas oyó la exclamación de Elsa Winter.

—¡Dios mío!

Se volvió hacia ella y la vio agarrada a la columna, como si fuera a desmayarse.

Corrió a su lado y tal como había hecho en el hotel, la abarcó por la cintura.

—Serenidad, señorita Winter.

Ella parpadeó mirándole a los ojos.

—¿Quién es usted realmente, señor Craven?

—Sólo un ranchero que vino aquí para arreglar cierto asunto.

—Quisiera creerlo.

El la miró fijamente a los ojos.

—Me gustará mucho que me crea… Ande, ¿es que no se acuerda? Hemos de ir a la estación.

Simeón Cowley todavía no había recuperado el habla.

Estaba junto a la caja, el rostro muy pálido.

Mark le estaba pagando el importe de la comida, cuando resonaron unos pasos en la puerta.

Mark se volvió llevando una mano al revólver, pero la dejó sobre la culata al ver que la persona que entraba era el *sheriff* Irving.

El representante de la ley observó los cadáveres y miró a Craven,

haciendo chasquear la lengua.

—¿Hasta cuándo lo resistirá, Craven?

—Será poco tiempo.

—Lo mismo digo yo.

—¿Vamos, señorita Winter?

La joven salió con Mark del restaurante, encaminándose los dos hacia la estación.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señorita Winter?

—Hágala.

—¿Cuál es el motivo de su viaje a Lisborn?

—He sido contratada como institutriz en casa de uno de los rancheros más acaudalados de la comarca.

—¿Le gusta eso?

Ella se encogió de hombros.

—Leí un anuncio en un periódico de San Luis, y como lo pagaban bien, decidí aceptar.

—¿No tiene familia?

—Sólo una tía y ya me cansé de ser una carga para ella.

—Una chica muy animosa, ¿eh?

Ella le sonrió.

—Soy de las que opinan que cada cual debe labrarse su porvenir.

Llegaron a la estación y Mark se hizo cargo del boleto de la joven. La ventanilla estaba cerrada, pero Mark llamó suavemente, y fue abierta por un empleado de bigote blanco.

Mark le explicó que la viajera titular del boleto se había encontrado repentinamente enferma, viéndose obligada a suspender el viaje. El empleado no tuvo inconveniente en cambiar el boleto por otro para el día siguiente.

Mark regresó junto a Elsa y le entregó el nuevo boleto.

Seguidamente, echaron a anclar hacia el pueblo.

—No sé nada de usted, señor Craven.

—Usted se refiere a mis relaciones con esos tipos que me cerraron el camino en el hotel y a esos otros con los que me enfrenté en el restaurante.

—Soy la mar de curiosa y además, en este caso concreto, tengo un poco de derecho a enterarme de algo.

—Verá, Elsa. Tengo un hijo.

Ella se detuvo de pronto como si se hubiese encontrado un muro.

—¿Ha dicho…? ¿Un hijo?

—La madre murió al nacer Johnny y de eso hace ya dieciocho años.

—Perdone…

Continuaron andando y ella dijo:

—Jamás hubiese supuesto que usted pudiese tener un hijo de dieciocho años.

—Creo que yo tampoco me he dado cuenta de ello.

—¿Qué quiere decir?

—He estado demasiado ocupado con mi rancho… Reses y caballos, pastos y aguas… Todo eso me ha quitado mucho tiempo… Quizá he echado al olvido que además de una hacienda tenía un hijo.

Estaban pasando por junto a una vía muerta donde había unos vagones y de pronto Mark vio brillar algo en la oscuridad.

Sin esperar un segundo, alcanzó a la joven por el brazo y la empujó cayendo sobre ella en el suelo.

Justo en ese instante se oyó un estampido.

# CAPÍTULO XII

Elsa y Mark rodaron por el suelo cuando sobrevino el segundo disparo.

Las balas pasaron por encima de ellos y una de ellas fue a golpear contra uno de los vagones y salió rebotada silbando en el aire.

Mark desenfundó como una centella y disparó casi sin apuntar hacia el lugar desde el que salían los fogonazos.

Se oyó un grito de muerte al que siguió el ruido de una carrera.

Mark se puso en pie de un salto.

—Espere aquí, Elsa.

Echó a correr hacia el lugar desde el que habían intentado asesinarlo.

Se detuvo al ver un cuerpo a sus pies. Muy lejos, más allá de una zanja que había junto a la vía muerta, se fue perdiendo el eco de los pasos del fugitivo.

Mark agachóse sobre el cuerpo inmóvil y le dio la vuelta. El tipo había muerto porque la bala le había entrado justo por el centro del esternón partiéndoselo por la mitad.

Esperó unos instantes. Todo estaba en silencio. Entonces regresó al lado de Elsa. La joven ya se había puesto en pie.

—¿Cuántos eran?

—Dos, pero sólo ha quedado uno para contarlo.

—¿Por qué quieren matarlo, Mark?

—Permítame que me lo calle, al menos hasta mañana.

—¿Por qué hasta mañana?

—Porque entonces todo habrá quedado solucionado.

—Está muy seguro de que resolverá su problema.

—Sí, Elsa. Lo estoy.

Mark vio venir por la parte de la estación a dos personas que hablaban en voz alta y en una de ellas identificó al *sheriff*.

—Será mejor que nos marchemos, Elsa. No quisiera dar más respuestas.

Echaron a andar por entre los vagones y poco después llegaban a la calle Mayor.

Mark acompañó a la joven hasta la puerta del hotel.

—¿No sube usted? —dijo ella.

—No. Todavía no.

—¿No cree que ya ha habido bastantes tiros por esta noche?

—Vine aquí a realizar un trabajo, Elsa. Y lo remataré pese a quien pese. Espero que descanse bien. Hasta mañana.

—Oiga, Mark —dijo ella.

—Dígame, Elsa.

—Me parece que… Me parece que estaba equivocada con respecto a usted.

—Gracias.

—No se arriesgue demasiado.

Él le tomó una mano y la apretó suavemente.

—Tendré en cuenta esas palabras, Elsa.

Mark dio media vuelta y echó a andar por la acera de tablones.

Poco después empujaba las hojas de vaivén del *saloon* de Alice Durray.

Se acercó al mostrador y pidió al mozo un *whisky*. Lo estaba bebiendo cuando oyó a sus espaldas la voz de Alice.

—¿Todavía aquí?

Giró sobre sus talones observando el bello rostro de Alice.

—Usted sabe que no me fui, muchacha. Le bastó prestar un poco de atención a los disparos que se produjeron en la ciudad.

—Debe tener mucha habilidad con el revólver y no poca suerte.

—No me puedo quejar.

—¿Ya habló con Cullingam?

—Sí. Ya hablé con él.

—Debería dejarlo en paz.

—Usted es una chica sorprendente, Alice. Y no lo digo por sus curvas.

La joven puso un brazo en jarras y sonrió.

—¿A qué se refiere concretamente?

—Cuando conoce a alguien pretende dar la sensación de que es una de esas muchachas que nunca ha roto un plato. Le cité el nombre de Cullingam y pareció como si le hubiese nombrado al mismo demonio. —Mark hizo una pausa—. Le diré algo de pasada. Conmigo no coló. Apuesto a que usted y Cullingam son carne y uña.

—Qué tipo listo.

—Pensó que me tragaría la patraña de que se dejaba caer por la estación todos los días para ver pasar los trenes y hasta me habló con mucho romanticismo de cierto tipo que la dejó plantada, y agregó de propina que, a pesar de todo, ha estado esperando a que llegase su hombre.

Los ojos de Alice miraron a Mark con chispas de odio.

—¿Y qué conclusiones saca de todo ello?

—Está la mar de claro. Cullingam la envió a la estación porque no las tenía todas consigo después del asalto al Banco de Catch City.

—Qué tipo más vivo es usted —repitió Alice.

—No soy de los torpes. Cuando pretenden pegármela siento un cosquilleo por la espina dorsal.

—Y va a decir que lo sintió cuando me conoció en la estación.

—Sí, Alice. Lo sentí más fuerte que nunca.

—Qué gran sexto sentido posee.

—Me alegro de que hayamos puesto las cartas boca arriba.

—¿Qué quiere, señor Craven?

Mark levantó su vaso.

—Por usted, Alice.

—Gracias. Permítame que le acompañe en el brindis. Acostumbro a elegir a mis amistades.

—Es una sana costumbre, pero permítame que dude con respecto a ella —dijo él, y bebió un trago.

Alice respiró profundamente.

—Usted está haciendo un mal negocio, señor Craven.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

—¿Y cuál es la razón de que piense así?

—Si se queda más tiempo aquí va a perder lo que es más importante para usted. Su propia vida.

Mark se pasó el dorso de la mano por la boca, y quedóse mirando a la cara de ella.

—Me va a permitir que le rectifique algo, Alice. Hay algo más importante para mí que mi propia vida, y es la de mi hijo.

—Su hijo. Un ladrón —dijo ella con ironía.

—Sí, es cierto. Mi hijo se ha convertido en un ladrón, pero tengo la esperanza de que sea el único mal paso que dé en su vida.

—Si yo tuviese un dólar por cada vez que un padre ha dicho lo mismo acerca de su hijo, podría construirme un palacio en San Francisco con las paredes laminadas en oro.

Mark sacudió la cabeza.

—Quizá tenga razón en ese aspecto. Todos los padres nos creemos que nuestros hijos son los mejores, y cuando ellos nos fallan alguna vez, nos decimos que tal hecho se ha producido fortuitamente y que ellos jamás repetirán su mala acción. —Mark tomó el vaso y lo miró al trasluz mientras agregaba—: Quizá a mí me ocurre lo que a todos los padres, que todavía tengo confianza en mi hijo. Y la verdad es que quisiera salvarlo.

—Ahora ha hablado como una persona humana.

—¿Usted cree, Alice?

—Acaba de decir que lo quiere salvar.

—Sí.

—Ya lo tiene salvado, señor Craven.

—Cállese. Sé por dónde va.

—Usted no tiene más que aceptar la oferta que le hizo Cullingam. Atrape los cinco mil dólares que le corresponden a su hijo, y márchese de nuestra ciudad. De esa forma podrá conservar a su hijo sano y salvo a su lado. Al fin y al cabo, lo puede atar corto a partir de ahora.

—Un buen negocio, ¿eh? Cinco mil dólares si sigo conservando a mi hijo.

—Seguro que no habrá hecho otro mejor en toda su vida. Un beneficio líquido de cinco mil pavos y la seguridad de que a su hijo Johnny Craven no le pasará nada.

—Se olvida del *sheriff* Cooper.

—Cooper está demasiado viejo. En otro tiempo, con menos años, quizá habría dado con el meollo del asunto. Pero, tal como están las cosas, se quedará con un palmo de narices.

—¿Ya ha terminado, Alice?

—Sí. Y si da su consentimiento, me iré ahora mismo al rancho

de Cullingam y yo misma le traeré los cinco mil dólares. Mientras tanto, puede ir preparando su viaje de regreso al hogar donde lo espera ese único hijo suyo.

—Johnny —murmuró él, y guardó un silencio.

—Volveré en seguida —dijo Alice.

—No se marche todavía, muchacha.

—¿A qué tengo que esperar?

—Quiero que le diga unas palabras a Cullingam.

—Está bien.

—Dígale que no aceptaré uno solo de sus sucios dólares y que lo cazaré a él y cazaré a Barton aunque sea lo último que haga en mi vida.

La dueña del *saloon* arrugó el ceño.

—¿Está en su sano juicio?

—Dígale que ya estoy cansado de que me mande pistoleros. Dígale que la próxima vez que me lo enfrente, le echaré mano y que, si es preciso, lo sacaré de la ciudad a punta de revólver. Ande, Alice. Vaya a casa de Cullingam y dígale todo eso.

Craven sacó una moneda que arrojó sobre el mostrador, y luego, dando media vuelta, salió del establecimiento encaminándose al hotel.

# CAPÍTULO XIII

Alice Durray terminó de contar a Cullingam el resultado de su entrevista con Mark Craven.

En la estancia también se encontraba Barton Mincey, quien se mordisqueaba las uñas nerviosamente produciendo tanto ruido como un ratón hincándole el diente a un queso.

—¡Maldito sea mil veces ese Craven! —exclamó Cullingam.

Alice se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió con la llama de un quinqué.

Barton sugirió temerosamente.

—¿Y si llegásemos a un acuerdo con Craven?

—¿Qué clase de acuerdo, estúpido? ¿No has visto ya que hemos intentado comprarlo?

—Quizá si le dieses el doble se conformaría…

—¿Diez mil dólares? ¿Crees que me he vuelto loco?

Alice soltó una espiral de humo mientras decía:

—Conozco bien a los tipos como Craven. No se venderá tampoco por diez mil.

—¿Y qué es lo que quiere entonces, condenación? —exclamó Barton.

—Os quiere a vosotros.

Barton se echó hacia adelante frotándose las manos.

—No he conocido a un tipo más loco en toda mi vida. ¿Qué clase de padre es? Está en juego el porvenir de su propio hijo y, ¿qué es lo que hace?

—Craven piensa que lo que hace ahora por su hijo será bueno para él más tarde —repuso Alice.

—Deberían condenar a su hijo a cinco años en la prisión y ya vería ese estúpido de Craven si Johnny salía mejor o peor de entre

las rejas. ¡Qué sabe él lo que es una cárcel!

Cullingam hizo chasquear los dedos.

—¿Queréis dejar de discutir? ¿Qué infiernos nos importa a nosotros ahora que el hijo de Craven vaya o no a la cárcel? Sólo sabemos una cosa: que si él va, nosotros iremos también.

—¿Y cómo lo podemos impedir? —exclamó Barton.

—De una manera muy sencilla, matando a Mark Craven.

—Resulta muy fácil decir eso, pero ya ves lo que ha ocurrido. ¿A cuántos tipos ha matado él de los que le has enviado…? Infiernos, sólo se ha salvado uno.

—Admito que ese hombre es puro granito, pero también he visto desmoronarse las rocas más duras.

—Con dinamita —murmuró Barton, más para sí que para que fuese oído.

Cullingam entrecerró los ojos.

—Dinamita, ésa podría ser la solución.

Barton estiró el cuello.

—No intentarás volar el hotel donde se hospeda.

—Sólo una parte de él. Justamente su habitación.

En la estancia hubo un silencio.

—No está mal eso —sonrió Barton—. No, señor. No está nada mal.

—Tú te vas a encargar de este trabajo.

—¿Yo? —Mincey dio un respingo—. Ni hablar. No pienses en tal cosa, Red. ¿Crees que estoy loco?

Cullingam sonrió conciliador.

—Pareces olvidar tu cualidad característica. Eres un trepador de primera categoría.

—Sí. Soy un buen trepador, pero en las actuales circunstancias, me parezco más a un flan —denegó con la cabeza—. No, Red. Yo no sería capaz de cruzar una valla de dos metros.

—Tienes que serenarte.

—Tengo un plan mejor, Red.

—¿Cuál?

—Dame mis cinco mil dólares y te dejaré en paz.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. Y si tienes sentido común, debes hacer lo mismo que yo. Largarte.

—Eres un imbécil. Tengo mi casa aquí y una hacienda que no es nada mala. ¿Por qué he de abandonarla? ¿Simplemente porque al estúpido de Craven se le ha metido entre ceja y ceja llevarnos a Catch City?

—Ese hombre no nos dejará tranquilos hasta vernos encerrados.

—Ahora has puesto el dedo en la llaga.

—¿Qué quieres decir?

—Está tan claro como el agua. Mark Craven nos seguirá hasta el mismo infierno.

—Es posible —gimió Barton.

—La huida no nos serviría de nada —remachó Cullingam en caliente.

Barton se echó atrás en el sillón mientras se pasaba la mano por el cabello.

—Supón que doy mi aprobación a ese plan de la dinamita.

—Esta noche hace calor y Craven dormirá con la ventana abierta. Sólo tienes que llegarte al hotel, trepar por uno de los canales de desagüe que hay en la parte oeste, y te encontrarás justo en la habitación número ocho, que es donde se hospeda Craven.

—¿Y la dinamita?

—Tengo unos cuantos cartuchos sobrantes de la voladura que hice el mes pasado en la escarpadura de encima de la casa. Será suficiente para convertir en astillas la habitación número ocho del hotel La Alondra.

Y se echó a reír.

—Me parece que es la mejor idea que se te ha ocurrido desde hace mucho tiempo.

—No lo dudes, muchacho. Ahora lo que debes hacer es darte un paseo para refrescarte antes de dirigirte a la ciudad.

—¿Cuándo iré allí?

—Lo tendrás todo preparado dentro de una hora.

—Corriente, Red.

Barton hizo un saludo a Alice y salió de la estancia.

Alice dio la vuelta a la mesa con el humeante cigarrillo entre los dedos y se sentó en el brazo del sillón que ocupaba Cullingam.

—Supongo que no tendrás queja de mí, ¿eh, querido?

Él le puso una mano sobre la rodilla.

—No, Alice. No tengo ninguna queja de ti.

—Dijiste que te casarías conmigo.

—Y eso está a punto de ocurrir, en cuanto dé el golpe en Hillsboro.

—No sabía nada de ese golpe.

—Soy especialista en ovejas descarriadas. El propio hijo del director del Banco local me va a ayudar. Me he dejado caer unas cuantas veces por aquella ciudad y trabé conocimiento del muchacho en una partida de cartas. Me alié con un tahúr para desplumar al chico. De esa forma conseguí que el muchacho contrajese una deuda de mil quinientos dólares conmigo que no puede pagar de ninguna forma… a menos que nos deje echar una mano a la caja de su padre.

Alice rió besándole en la comisura de la boca.

—Eres muy astuto.

—Lo soy, nena. Es sólo cuestión de principios.

—¿Qué hiciste para convencer al hijo de Mark Craven?

—Necesité mucho menos esfuerzo que para convencer al hijo del director del Banco. Johnny Craven estaba borracho. Red y yo le echamos el ojo. Ya sabes cómo son esos niñitos de dieciocho años que se creen tan grandes. Johnny había hecho unos cuantos ejercicios con el revólver en aquel *saloon* de Lorena. Luego se encontró un poco mal y salió a la calle a tomar el fresco. Barton y yo nos fuimos con él. Empezamos a comprometerlo y a decirle que si era tan valiente podía hacer una cosa en combinación con nosotros. Íbamos a asaltar el Banco. Naturalmente, todo lo teníamos bien pensado, y no iba a morir nadie. Sólo era cuestión de un poco de agallas. Hasta sería la mar de divertido porque nos íbamos a disfrazar de Caballeros de la Gardenia Roja. El muchacho lo encontró todo muy divertido, como tenía que ser, de modo que cuando lo tuvimos convencido, le hicimos meter la cabeza un par de veces en el abrevadero, para que se refrescase. Luego nos lo llevamos al establo, y le pusimos encima el disfraz de Caballero de la Gardenia Roja. Nos dio un gran susto cuando, ya dentro del Banco, empezó a arrepentirse y todo porque yo le había propinado un golpe a uno de los vigilantes. Menos mal que le enseñé el cañón del revólver y eso le devolvió el sentido común.

—Ahora comprendo por qué se ablandó con su padre. En cuanto Mark le puso la mano encima, Johnny cantó vuestros nombres.

—¿Quién iba a pensar que ese Mark Craven iba a ser un tipo tan estúpido con respecto a su hijo? ¿Qué padre consiente en ver encerrado a su hijo? ¿Te das cuenta? Ése es el truco, el liar con nosotros a un tipo de la categoría de Mark Craven para tener las espaldas cubiertas. Si las cosas se ponen mal, los papaítos se encargan de echar tierra al asunto. Es lo que ocurrirá en Hillsboro si la cosa llega a descubrirse. Ya nos ha ocurrido unas cuantas veces con otros muchachitos que hemos elegido como víctimas.

—Eres maravilloso, Red.

—¿Verdad que sí, nena?

—Ahora comprendo que me haya vuelto loca por ti.

Alice se agachó sobre él y lo besó en la boca.

Cullingam aceptó el beso durante unos instantes y finalmente la apartó y se puso en pie.

—Ahora hay que trabajar, nena.

Alice rió.

—¿Qué va a quedar de Mark Craven?

—Ni los huesos, pequeña. Tenlo por seguro.

—¿Y si el *sheriff* se mete contigo por esa explosión del hotel?

—Irving no tendrá ninguna prueba contra mí.

—Tienes razón, Red. No había pensado en ello. Pero te falta un detalle.

—¿Cuál?

—Barton. Siempre te tendrá en sus manos.

—He pensado acerca de él. Sí, señor. He pensado mucho. Últimamente se ha puesto a fallar. A otros tipos antes que a él les ha pasado. Barton ha dado media docena de golpes conmigo y siempre han salido bien, pero yo sabía que el día que surgiese una dificultad, se nos pondría como un merengue.

—Y eso acaba de ocurrir ahora —asintió Alice.

—Sí, nena. Y es una lástima porque Barton era un chico que valía.

—De modo que lo vas a despachar.

—En cuanto regrese de hacer el trabajo del hotel, le daré la recompensa. —Cullingam se echó a reír—. ¿Te das cuenta de la cara que pondrá cuando se vea con el revólver enfrente?

—Lo imagino. Barton esperará que le des sus cinco mil dólares y alguna propina extra por haber volado a Mark Craven, pero sólo

recibirá plomo.

Alice se puso de puntillas y besó otra vez a Cullingam.

—He de regresar a mi *saloon*.

—Déjate caer mañana por aquí y hablaremos de nuestro futuro.

—Sí, Red. Hasta mañana.

—Que duermas bien, preciosa.

Ella sonrió antes de salir.

—Me temo que me despertará algo parecido a un cañonazo.

Alice salió de la habitación y Red Cullingam quedó riendo.

Al cabo de un rato regresó Barton, quien dijo:

—Será mejor que me ponga ya en camino.

—Ahora mismo te doy los cartuchos de dinamita.

—Sí, Red —esbozó Barton una sonrisa—. El aire fresco de la noche me ha servido mucho para comprender que sólo podré dormir a pierna suelta cuando los restos de Mark Craven puedan reunirse en un pañuelo.

Cullingam se acercó a su compinche y le palmeó la espalda.

—Tú y yo haremos grandes cosas…

—Es lo que digo yo —rió Barton.

# CAPÍTULO XIV

Barton Mincey trepó hasta la ventana y se tomó un descanso.

La calle estaba desierta. Eran las cuatro de la madrugada.

Metió la mano por entre los botones de la camisa y se sacó los dos cartuchos de dinamita. Cullingam los había preparado para que hiciesen explosión con una sola mecha.

La ventana de la habitación número ocho estaba abierta.

Todo había salido a la perfección.

Mincey encendió un fósforo y acercó la llama a la mecha.

Justo en ese momento una mano salió por el hueco de la ventana y atrapó a Barton por el cuello tirando de él con fuerza hacia el interior.

Barton lanzó un grito, pero no pudo ofrecer resistencia a aquel formidable impulso que lo atraía hacia la estancia.

Rebotó dos veces en el suelo, mientras perdía los cartuchos los cuales rodaron sin que la mecha hubiese sido encendida.

Barton sintió sobre sí el peso de un cuerpo. Trató de defenderse, pero en eso unos nudillos percutieron dolorosamente en su pómulo y luego recibió otro golpe en la nariz y sintió que le ahogaba la sangre.

—¡No me mate, señor Craven! —gritó.

—Merecías que te despedazase.

—Sólo vine aquí porque me lo ordenaron.

Mark Craven se dio cuenta de que se las tenía que ver con un cobarde. Rápidamente quitó el revólver a su visitante y se puso en pie encendiendo el quinqué que había sobre la mesilla de noche.

Al quedar la estancia iluminada, Barton le apuntaba con el revólver.

—¡No dispare, señor Craven!

—¿Cuál es tu nombre?

Barton titubeó unos instantes.

—Slim. Slim Coley.

—Estás mintiendo. Yo sé quién eres tú. Barton Mincey.

Barton se estremeció mientras chillaba.

—¡No! ¡No soy Barton Mincey! ¡Le juro que no…! ¡Yo no tengo nada que ver con el asalto al Banco!

Mark sonrió irónicamente.

—No eres Barton Mincey y, sin embargo estás enterado del asalto al Banco de Catch City…

En aquel instante se oyeron unos golpes en la puerta y Mark apuntó en aquella dirección.

—¿Quién es?

Le contestó la voz de Elsa Winter.

—Soy yo, Mark… He oído ruido de pelea. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente.

—Ábrame.

—Será mejor que se vaya a dormir, Elsa.

—¿Cree que puedo pegar un ojo con tanto jaleo?

—Está bien. Ahora le abro.

Mark recorrió la distancia que lo separaba de la puerta.

Elsa entró en la habitación cubriéndose con un batín color verdoso. Por el escote mostraba el encaje del camisón.

Vio al hombre que había en el suelo y los cartuchos que no habían sido utilizados y se llevó una mano a la boca.

—¡Santo cielo…! Lo han vuelto a intentar, Mark.

—Sí, Elsa. Pero yo también estaba alerta y acerté a impedirlo.

Mark se volvió hacia el hombre que estaba en el suelo.

—¿Fue cosa tuya, Barton?

—No, señor. Se le ocurrió a Cullingam… Se lo puedo jurar… Yo sólo he hecho que obedecer.

—No me importa a quién se le ocurrió esta idea. Lo importante es que estás aquí conmigo, Barton, y que muy pronto emprenderemos el Viaje a Catch City.

—Usted quiere llevarnos a mí y a Cullingam, pero ¿qué me dice de su hijo?

—Lo entregaré con vosotros al *sheriff* de Catch City.

—No está hablando en serio. Usted no puede ser un padre

desnaturalizado, un tipo tan cruel que vaya a hacer una cosa así con su hijo.

Mark miró el revólver de Barton que sostenía con la mano.

Barton, envalentonado, rió mirando a la joven.

—¿Qué le parece eso, señorita? Aquí tiene a un tipo que se cree más duro que nadie, Mark Craven. ¿Y qué va a hacer…? Va a vender a su hijo… Sí, señor. Lo va a vender a la ley.

—Cállate, Barton —dijo Mark Craven con voz ronca.

Barton soltó una risita nerviosa. Seguía teniendo mucho miedo, pero trataba de infundirse valor a sí mismo. Creyó que la situación le era favorable ahora, y prosiguió con ironía.

—Mark Craven espera que le den una condecoración por sacrificar a su hijo. Eso es lo que él espera, que todo el mundo lo señale con el dedo diciendo lo grande que es.

Mark dio un paso hacia Barton y le cruzó la cara con la mano.

La cabeza de Barton golpeó contra la pared, todo él se encogió como un erizo.

Mark se agachó sobre él y le tomó por la solapa. Su rostro estaba transfigurado por una mueca de ira.

—Escúchame, bastardo. ¿Crees que no me duele lo de Johnny? Soy su padre, y nada hay en el mundo que me hiera tanto como eso de verlo tras unas rejas… Pero cometió un delito y debe ser juzgado lo mismo que tú y que Cullingam. No me vuelvas a nombrar a Johnny… No lo vuelvas a nombrar por tu boca o te echo la dentadura abajo.

Mark Craven se volvió rápidamente hacia la cama, y tomó una sábana que hizo tiras. Luego obligó a su prisionero a poner los brazos en la espalda y le trabó las muñecas. También le inmovilizó las piernas atándolo por los tobillos. Después de cerrar la Ventana, se acercó a Elsa que estaba inmóvil junto a la puerta.

—Salgamos fuera —dijo.

Ambos salieron al corredor.

Mark observó que la cara de Elsa estaba muy pálida.

—Me crees también un monstruo, ¿verdad, Elsa?

—No tengo ningún derecho a opinar porque desconozco el fondo de la cuestión.

—Lo conocerás ahora.

Le contó la historia tal como él la sabía. El asalto al Banco y la

participación de su hijo en aquel hecho.

Cuando hubo terminado, quedó en silencio.

Elsa le puso una mano en el brazo.

—Eres admirable, Mark.

—No digas eso. Me doy lástima a mí mismo.

—Oh, no, Mark. No debes hablar de esa forma. Yo sé cuánto te tiene que doler, pero creo que lo que estás haciendo es lo más justo.

—Quisiera estar convencido yo también.

—Lo estás, Mark… Lo sé. Me basta con mirar tus ojos. Estaban muy cerca uno del otro.

—Todo esto es muy extraño —dijo él—. Tengo la impresión de que te conozco de toda la vida, y sin embargo, hace tan sólo unas horas ignoraba tu existencia.

—A mí me ocurre igual, Mark. Exactamente igual que a ti. Mark la atrajo contra sí y la besó suavemente en los labios. Cuando se separaron ella preguntó:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Ya tengo a uno de los dos hombres que me han de acompañar a Catch City.

—¿Pero y el otro, Cullingam?

—Lo cazaré mañana.

Ella se apretó contra él.

—Oh, Mark, tengo miedo… Miedo por ti y por tu hijo… Él le pasó una mano por el cabello.

—Todo saldrá bien.

—Pero ¿y Johnny?

Mark cerró los ojos y permaneció así unos segundos. —Siempre me he creído un hombre muy fuerte— murmuró—, pero creo que soy tan débil como cualquier otro.

—No, Mark… Eres fuerte. Se necesita serlo mucho para llevar a cabo esta decisión tuya…

Se abrazaron nuevamente.

—Será mejor que vuelvas a tu habitación —dijo Mark—. Debes continuar durmiendo.

—No podré.

—Debes intentarlo.

—¿Por qué no descansas tú también?

—Sí, Elsa.

El la acompañó hasta la habitación número siete.

—Mark, se me ocurre una cosa.

—¿El qué?

—Habla con el *sheriff*. El te ayudará.

—No, Elsa. No puede ayudarme. Ya hablé con Irving Keane y dijo que sólo era cuestión mía. No tiene ninguna prueba contra Cullingam, porque Cullingam jamás cometió un delito en su jurisdicción.

—Pero ¿qué pasará con el nuevo día, Mark?

—No nos adelantemos a los acontecimientos. Anda, vete a dormir.

La besó otra vez en la boca y luego él mismo abrió la puerta.

Elsa lo miró un instante a la cara antes de penetrar en la estancia.

Entonces Mark regresó a su habitación y se encerró con llave.

Barton estaba en el suelo. Soltó una risita cuando lo vio aparecer.

—No podrá con Cullingam.

Mark no dijo nada.

—Si sabe lo que le conviene, debe dejarme marchar.

Mark sacó una bolsa de tabaco y papel y se puso a liar un cigarrillo.

—¿Es que no me oye? —gritó Barton.

Mark lo miró, pero siguió sin despegar los labios.

De pronto se oyó un galope en la calle y el jinete se detuvo bajo la ventana de aquella habitación.

Barton dijo:

—Es el hombre que me acompañó hasta la ciudad. Ha pasado mucho rato y viene a ver qué me ha pasado.

Mark se acercó a la ventana y vio al jinete detenido en el centro de la calzada.

—Eh, amigo, ¿a quién busca? —preguntó.

El *cowboy* echó mano al revólver y Mark se retiró del hueco.

Transcurrieron unos segundos, y Mark habló con voz fuerte.

—Si ha venido por Barton, él no puede acompañarle. Tendrá que marcharse solo.

—¿Es usted Mark Craven?

—Sí.

—¿Dónde está Barton?

—Aquí.

—Miente.

Mark se volvió hada su prisionero.

—Anda, dile algo, Barton.

Mincey asintió con la cabeza y gritó:

—¡Craven tiene razón! ¡Estoy aquí, Sloane!

—¿Qué te pasa, Barton?

—Me atrapó y me tiene prisionero. Quiere llevarme a Catch City.

Mark asomó poco a poco la cabeza por el hueco.

—Le estoy apuntando con un revólver, Sloane —advirtió—. No intente sacar o le juro que lo desmonto al primer disparo.

El jinete permaneció inmóvil con la mano sobre la culata, sin decidirse a desenfundar. Mark Craven prosiguió:

—Quiero que transmita un mensaje a su jefe, Sloane. Dígale que cuando sea de día, estaré con Barton en el salón de Alice Durray. Lo estaré esperando allí. Ande, vaya a decírselo.

—Muy bien, señor Craven. Le transmitiré su mensaje a Cullingam. Puede estar seguro.

Inmediatamente, el jinete espoleó su cabalgadura y ésta salió disparada de aquel lugar.

Craven esperó a que Sloane se perdiese a lo lejos en la oscuridad, y entonces se volvió hacia Barton. Éste lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué espera conseguir con eso, señor Craven?

—Que Cullingam venga con nosotros.

—Está chiflado, Craven. Palabra que no he conocido a nadie tan chiflado como usted.

—Anda, Barton, intenta dormir. Sólo quedan un par de horas para que amanezca, y entonces tendremos que ir al *saloon* de Alice.

—¿Piensa de verdad ir allí?

—Sí.

—¿Se da cuenta de que Cullingam no se presentará solo?

—Me doy cuenta.

Barton rió.

—Bueno, creo que no debo preocuparme. Estoy seguro de que usted no lo va a contar. Sí, señor. Cada vez estoy más seguro.

# CAPÍTULO XV

Bajaron por la escalera y de pronto Barton Mincey se detuvo volviéndose hacia Mark, que lo seguía con el revólver en la mano.

—No puede hacerme salir a la calle… No quiero salir.

El empleado del hotel les estaba mirando desde el registro.

Mark Craven señaló la puerta con la pistola.

—Vas a salir por ahí, Barton. Será mejor que no discutas mis órdenes.

—Estarán escondidos en la calle y dispararán…

—Miré desde la ventana y no vi a nadie.

—No han querido anunciar su visita, pero Cullingam estará ahí fuera.

—Les daremos la casa.

Barton hizo un gesto implorante con las manos.

—No tiene derecho a arriesgar mi vida. No lo tiene.

—Anda, Barton, obedece si no quieres que te saque a culatazos.

El labio inferior de Barton se estremeció. Por último se decidió a dar media vuelta y continuó su camino hacia la calle.

Al llegar junto a la puerta se detuvo un instante, pero entonces Mark le apoyó el cañón del revólver en la espina dorsal.

Ambos salieron fuera, uno detrás de otro.

Ya era de día, pero se veía muy poca gente por la calle y ahora los pocos transeúntes se detuvieron mirando hacia la puerta del hotel donde se habían detenido los dos hombres.

Barton Mincey movió nervioso la cabeza de un lado a otro, los ojos parpadeantes.

Mientras tanto, Mark permanecía inmóvil aunque sus ojos también vigilaban.

—No veo a nadie, Barton.

—Le digo que Cullingam está escondido con los suyos… Se lo digo yo, nos van a asar, Craven…

—Echa a andar hacia el *saloon* de Alice.

—Oiga, ¿por qué no nos quedamos dentro del hotel?

—Muévete, Barton.

Mincey se decidió a dar un paso y luego otro. Por fin caminó más aprisa y Mark fue detrás.

Al llegar al callejón que había antes del *saloon*, Barton se detuvo en la esquina y miró hacia el fondo.

Mark dijo:

—No hay nadie, ¿verdad, Barton?

—No, no veo a nadie.

—Está bien. Continuemos el camino.

Cruzaron a la otra parte y de esa forma llegaron al *saloon.*

Mark se apartó a un lado, empuñó una de las batientes e hizo a su prisionero una señal con la cabeza para que entrase.

Los dos pasaron al local.

No había nadie a aquellas horas, a excepción de un mozo de cabeza casi calva que estaba pasando un paño húmedo por el mostrador.

Interrumpió sus movimientos para mirar a sus madrugadores clientes.

Mark Craven empujó a Mincey hacia la mesa que había al lado de una columna.

—Siéntate ahí, Barton. Y será mejor que no te muevas.

—Está bien. Pero esto no le va a conducir a nada. Cullingam sabe hacer bien las cosas. Le está dando cuerda, ¿sabe? Y usted mismo se va a ahorcar, señor Craven.

—Trae dos pozos negros de café.

—¡No quiero café! —exclamó Barton—. ¡Quiero *whisky*!

Mark denegó con la cabeza diciendo:

—Dos pozos negros de café.

Una voz femenina dijo desde una puerta:

—Que sean tres tazas, Douglas.

Mark se volvió contemplando a Alice Durray.

—Buenos días —la saludó.

La joven se acercó a él con un humeante cigarrillo en los labios. Al detenerse, dirigió una mirada de desprecio a Barton y luego

observó a Mark.

—¿Piensa salirse con la suya, Craven?

—Lo dice como si estuviera en juego mi amor propio.

—¿Y no es eso? —dijo ella irónica.

—No, Alice. Está en juego algo más importante que el orgullo.

—Le diré una cosa, Mark. Usted se está haciendo daño a sí mismo. No sabe cuánto. Llegará un día en que se arrepentirá de todo lo que está haciendo, si es que llega a vivir para ello.

Craven examinó el revólver que tenía en la mano y en esa posición dijo:

—A veces es necesario que uno se haga daño a sí mismo. En cierta ocasión me mordió una serpiente. Estaba solo en el desierto y tuve que abrasar mi propia carne, pero lo hice porque quería seguir viviendo.

Alice entornó los ojos.

—Es un ejemplo muy bonito. Su propia carne. Se está refiriendo a su hijo. Sangre de su sangre. Y usted quiere entregarlo al *sheriff* y siente que se está abrasando, pero prefiere quemarse…

Mark no hizo comentario alguno.

El mozo llegó con las tres tazas de café y las dejó sobre la mesa.

Mark tomó la suya y bebió un trago sin ponerle azúcar.

Alice sonrió.

—Le gusta amargo.

—Hay momentos en que sí.

De pronto se oyó la cabalgada de un jinete.

Barton Mincey dio un respingo en la silla.

—Ya los tiene ahí, Craven.

—Sólo es uno —dijo Mark.

Alice se acercó a las hojas de vaivén y miró al exterior. Sin volverse, anunció:

—Es Cullingam. Y tal como usted dice, no trae compañía.

Barton quedó con la boca abierta.

Alice siguió diciendo:

—Tiene las fundas vacías.

—¡Viene sin armas! —exclamó Barton—. ¿Es que también se ha vuelto loco?

La cabalgada cesó ante el *saloon*.

Alice se hizo a un lado y las hojas de vaivén se movieron y Red

Cullingam entró en el establecimiento.

Detúvose en el umbral y después de dirigir una rápida mirad a Alice desvió los ojos hacia la mesa que había junto a la columna.

—Hola, Craven.

—Me alegro de que esté aquí, Cullingam.

Éste sonrió.

—¿Sabe a lo que vengo?

—Dígalo usted.

—A entregarme.

Barton se levantó de un salto de la silla y lo hizo con tanta fuerza que derramó el contenido de su taza sobre la mesa.

—¿Qué infiernos te pasa, Red? ¿Es que has olvidado dónde nos quiere llevar Craven?

Cullingam movió la cabeza de derecha a izquierda.

—No lo he olvidado.

Mincey tartamudeó.

—Entonces… Entonces no lo comprendo… Palabra que es como si estuviese viviendo una pesadilla.

Cullingam ocupó la silla más cercana a la puerta.

Alice estaba mirando al recién llegado un poco perpleja.

Mark Craven dejó oír su voz.

—Está bien, Cullingam. Nos iremos ahora mismo.

—Le falta algo, cazador de forajidos.

—¿El qué?

—Le falta el tercer hombre.

—Pasaremos por él de camino. Mi hijo nos está esperando en mi rancho.

Hubo una pausa y Cullingam dijo:

—No, Craven. Su hijo no le está esperando en su rancho. ¿Y sabe por qué? Porque su hijo está aquí.

Los ojos de Mark se convirtieron en rendijas.

—No le creo, Cullingam.

El organizador de los asaltos lanzó una risotada.

—No me cree, ¿verdad? Le parece imposible —dejó de reír de pronto—. Si quiere que le diga la verdad, también me resulta increíble que yo tenga tanta suerte.

Desde allí gritó hacia afuera:

—¡Eh, Roy! ¿Estás ahí?

Le contestaron desde la acera de enfrente.

—Sí, Cullingam.

—Dile al muchacho que diga algo en obsequio de su padre.

Mark Craven parecía haberse convertido en una estatua.

Tras un prolongado silencio, pudo oír la voz de Johnny desde el mismo lugar en que había hablado Roy.

—Hola, papá.

Mark Craven continuó sin moverse. Entonces Cullingam se volvió hacia él con una sonrisa en los labios.

—¿Ha identificado la voz de su hijo, señor Craven?

—Sí —contestó Mark con voz grave.

—Es una lástima que yo le haya echado a perder el final de su número, ¿verdad, señor Craven? Se debió alegrar mucho cuando yo le dije que había venido a entregarme.

—Es lo mejor que puedes hacer, Cullingam, y te aconsejo que no te vuelvas atrás.

Cullingam rió otra vez estremeciendo los hombros.

—Es usted un tipo muy gracioso, Craven. Sí, señor. Lo es —se pasó una mano por la mejilla—. Pero ahora soy yo el que manda.

—¿Y cuáles van a ser tus órdenes, Cullingam?

—En primer lugar, deje caer ese revólver al suelo.

—¿Qué va a ocurrir después?

—Ya lo irá sabiendo poco a poco.

—No voy a hacer tal cosa, Cullingam.

—¡Maldita sea, suelte esa arma o le juro que le ordeno a Roy levante la tapa de los sesos a su hijo!

Los músculos de la cara de Mark se atirantaron señalando los huesos.

Abrió la mano y el revólver cayó en el suelo.

Cullingam volvió a reír.

—Así me gusta, señor Craven —volvió la cabeza otra vez hacia los batientes—. Anda, Roy, trae aquí al muchacho.

Se oyeron pasos que se fueron acercando al *saloon.*

Los batientes se movieron y en el local penetró Johnny Craven, seguido de Roy que le estaba apuntando con el revólver.

Johnny se detuvo y quedóse mirando a su padre.

—¿Cómo estás, Johnny? —preguntó Mark Craven.

—Yo bien. ¿Y tú, papá?

—Perfectamente.

Cullingam soltó un salivazo hacia el serrín que había junto al mostrador.

—Qué escena más conmovedora. ¿No se te saltan las lágrimas, Alice?

Alice no dijo nada.

Johnny se mojó los labios con la lengua.

—Soy un botarate, papá.

—No, hijo, creo que no lo eres.

—Sólo vine aquí para ayudarte y, ya lo ves, lo he estropeado todo.

—No has estropeado nada, Johnny, y te puedo decir algo más: sé bienvenido.

La nuez bailó en la garganta de Johnny.

—Papá, te lo tengo que decir ahora…

—No hace falta.

—Sí, papá. Sé que hice mal en liarme con estos hombres. Pero había bebido demasiado… y la verdad es que yo también me creía un tipo importante. Lo siento, papá. De veras que lo siento. Y, si se pudiesen hacer dos veces las cosas, preferiría cortarme una mano a repetir aquello del Banco.

Una sonrisa suavizó la dureza del semblante de Mark Craven.

—Gracias, hijo.

Cullingam rió estentóreamente.

—Bueno, si el padre y el hijo ya han terminado de decirse lindezas, ahora me toca a mí.

—Espera, Cullingam —dijo Mark Craven—. Óyeme primero a mí. Estáis los tres juntos. Los tres que participasteis en el asalto al Banco. Éste es el momento para que emprendamos la marcha hacia Catch City.

—¿Me crees un estúpido? —dijo Cullingam—. Tú no saldrás de aquí vivo.

Johnny se volvió hacia él.

—Déjalo quieto, Cullingam. No amenaces a mi padre o te juro que… —El joven se interrumpió.

Cullingam lo señaló con el dedo índice.

—Anda, amenázame. No vas a ganar nada con eso porque vas a seguir la suerte de tu padre. Después de todo sois de la misma ralea

y no me voy a arriesgar con vosotros. Os voy a liquidar a los dos. No, no quiero que me persigáis allá donde quiera que vaya.

—No hagas eso, Cullingam —dijo Johnny.

Cullingam atrapó el otro revólver que Roy tenía en la funda.

—¿Quién dice que no? Tu padre quería que me marchase de aquí con él. Está bien. Me voy a marchar, pero lo haré solo… después de haberme cargado a los dos.

Mark Craven dejó oír de nuevo su voz.

—Todavía estás a tiempo de arrepentirte, Cullingam.

—No, no hay arrepentimiento. Eso se lo dejo para tu hijo, Craven.

Apuntó a Mark.

De pronto, algo golpeó contra el cristal del ventanal que daba a la calle.

Mark Craven se arrojó al suelo.

Cullingam se distrajo al oír el estrépito de los cristales que se hacían añicos.

Luego quiso recuperar el tiempo y disparó sobre Mark. Pero lo hizo sin afinar la puntería.

Mark hizo fuego con el revólver impulsando la culata hacia abajo, y cuando eso ocurrió, todavía no había golpeado la cadera contra el suelo.

Cullingam recibió el impacto en el centro del pecho, se fue contra la pared dejando caer el arma y allí quedó despatarrado.

Quiso decir algo, pero de su boca brotó una bocanada de sangre y, después de emitir un gemido, dobló la cabeza sobre el pecho, muriendo.

Johnny se revolvió rápidamente y golpeó con el filo de la mano en la muñeca de Roy Hadle, desarmándole.

Mark se puso en pie justo en el momento en que las hojas de vaivén se abrían dando paso a dos hombres que acudían después de haber oído los estampidos.

Se dispusieron a disparar contra Johnny, que era a quien tenían más cerca, pero Craven apretó el gatillo.

Uno de los tipos recibió una posta en el hombro, y después de girar como una peonza, se derrumbó hacia la calle.

El otro fue alcanzado en el estómago y cayó de bruces estrellando la cara contra el piso.

Se oyeron pasos y por la puerta irrumpieron el *sheriff* de Long Town, Irving Keane, y el de Catch City, Dukas Cooper.

Los dos representantes de la ley observaron los cadáveres y luego Dukas se dirigió a Mark.

—Cuando lo vi aquí, me dije que usted terminaría por solucionar el asunto.

—Usted sabía lo de mi hijo.

—Sí. Pero también sabía que usted es un hombre justiciero, y que cumpliría con su deber.

—Gracias, *sheriff*.

—Déselas a la mujer que rompió el cristal con su bolso. Supongo que gracias a eso pudo desembarazarse de Cullingam.

Mark enfundó el revólver y se encaminó a la calle. Antes de salir le pegó una palmada a su hijo en la espalda.

—Todo irá bien, muchacho.

El *sheriff* cabeceó.

—Está arrepentido y es lo más importante.

Johnny sonrió a su padre y éste salió a la acera de tablones.

Elsa Winter estaba apoyada en la pared con el bolso en la mano.

Los dos se miraron y Mark caminó hacia ella y se detuvo muy cerca.

—Te dije que te estuvieses quieta en el hotel…

—No podía, Mark. No podía.

—Sí, lo comprendo.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Supongo que el tribunal tendrá en cuenta todo lo que se refiere a Johnny.

—¿Y tú, Mark?

—¿Yo…? Bueno, creo que en lo que a mí se refiere, he encontrado algo que he estado mucho tiempo esperando.

Dio un paso hacia ella y luego otro.

—Te he encontrado a ti, Elsa. Y ahora no te voy a perder.

Ella cayó en sus brazos y él la apretó contra sí y la besó en el cabello y en el cuello.

FIN